

TOMO 2

DE LA FUENTE AL TORRENTE

*El movimiento del dato
a prueba del flujo*

SEGUNDA EDICIÓN

David Bories

A prueba del flujo — Una ontología procesual del dato, tomo 2
De la fuente al torrente — El movimiento del dato a prueba del flujo

Concebido y supervisado por David Bories — Albi, Francia.

Dirigido y redactado por inteligencia artificial generativa.

Traducción realizada mediante inteligencia artificial generativa, bajo la supervisión del autor.

Segunda edición.

Octubre de 2026.

Primera edición: mayo de 2026.

Versión 2.0.0-es, formato de bolsillo.

© David Bories, 2026. Difundido bajo licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0). Se autoriza todo uso, incluido el comercial, siempre que se cite al autor y la fuente.

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

El texto íntegro de los tres tomos, tanto en segunda como en primera edición, es de libre acceso en <https://artisanat-de-la-donnee.fr>

Índice

Umbral	3
<i>Por un enfoque procesual del movimiento del dato</i>	3
El dato navega porque está fijado	5
<i>La doble navegación, y la paradoja de un punto fijo que viaja</i> . .	5
Preámbulo — Un dato que no circula	5
Parte I — Por qué la fijeza hace posible el movimiento	7
Parte II — Las dos navegaciones	8
Parte III — Lo que la doble navegación ilumina	10
Hitos	11
El acto de intercambio	13
<i>El segundo gesto, y el soporte que lo lleva</i>	13
Preámbulo — Simetría de un gesto	13
Parte I — Un segundo gesto fundador	14
Parte II — El soporte de transporte	15
Parte III — Lo que el acto de intercambio ilumina	16
Hitos	18
Transporte y propagación	21
<i>La relación entre dos desplazamientos, y lo que la circulación lleva consigo sin darlo</i>	21
Preámbulo — Una visión ingenua que hay que enderezar	21
Parte I — El transporte es una relación entre dos desplazamientos	22
Parte II — De lo elemental a lo agregado: la propagación	24
Parte III — El impedimento de la relación	25
Parte IV — Lo que el transporte y la propagación iluminan	26
Hitos	27
Las propiedades del movimiento	29
<i>Fidelidad, duración, y el extraño poder de multiplicar los portadores de lo que se transporta</i>	29
Preámbulo — El transporte no es neutral	29
Parte I — La fidelidad del transporte	30
Parte II — La temporalidad del transporte	31

Parte III — El transporte multiplica	32
Parte IV — Lo que estas propiedades anuncian	35
Hitos	36
Navegar en el sitio	37
<i>Las fuentes estables, o el dato que parece inmóvil porque lo real fluye lentamente</i>	37
Preámbulo — La ilusión de lo inmóvil	37
Parte I — La estabilidad como relación de velocidades	37
Parte II — Navegar en el sitio	38
Parte III — Lo que las fuentes estables iluminan	39
Hitos	40
El torrente	43
<i>Definición de un régimen, y por qué lleva nuestra firma</i>	43
Preámbulo — Volver al torrente, pero fundarlo	43
Parte I — Definición técnica del torrente	44
Parte II — El torrente como régimen de lo real marcado por nosotros	46
Parte III — Lo que el concepto de torrente ilumina	47
Hitos	48
La autoamplificación	51
<i>El bucle que cava su propio lecho, y el silencio de la sabiduría</i>	51
Preámbulo — Por qué crece el torrente	51
Parte I — El bucle que cava su lecho	52
Parte II — La coexistencia de los regímenes	53
Parte III — El diagnóstico mediante la cadena extendida	55
Parte IV — El hilo de la sabiduría colectiva	56
Hitos	58
El torrente que se sabe	61
<i>La velocidad, el sobrecaudal, y la huella que amenaza en el borde del lector</i>	61
Advertencia	61
Preámbulo — El torrente que se sabe	62
Parte I — La cadena de la velocidad a la amenaza de la huella	62
Parte II — La amenaza nombrada: el horizonte de la desatención	63
Parte III — Lo que el umbral deja al tomo siguiente	64
Hitos	66
Bibliografía razonada del Tomo 2	67
<i>Repertorio de referencias del tomo 2</i>	67
Lo que no cambiará	67
Vecinos de la tesis	69
Remisiones internas al ensayo	70
Conceptos introducidos por el presente tomo	71
Decisiones de traducción	71

Nota sobre la traducción — Esta traducción re-fija el texto fuente sin desplazar su fondo. Algunos términos del corpus no tienen un equivalente evidente en español; las decisiones adoptadas, y la lectura que debe hacerse de ellas, se exponen en la sección «Decisiones de traducción», al final del volumen. Esta traducción no está congelada: evolucionará a medida que lleguen los comentarios de los lectores y se perfeccionen los medios de traducción. La versión francesa hace fe.

Umbral

Por un enfoque procesual del movimiento del dato

Tomo 2 — De la fuente al torrente

El dato puede ser dado: la circulación es su régimen frecuente y estructurante, no su destino universal.

La palabra lo lleva consigo: *dato* viene de *datum* —lo que se entrega a alguien, para una ocasión ulterior—. Una inscripción puede dejar su lugar de nacimiento: la circulación es un régimen frecuente y estructurante de ella, no su destino universal; cuando se apunta a una transmisión, la lleva una intención, actual o diferida, hacia un destinatario identificado o hacia un público por venir. Este tomo tiene por objeto ese movimiento: la puesta en circulación del dato, que extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso y lo lleva hasta el borde de un lector.

De este movimiento, el tomo extrae una tesis rectora: **el dato navega porque está fijado**. Lejos de oponerse, su fijeza y su viaje se condicionan —solo se transporta lo que se sostiene—. Y de esta tesis se sigue lo demás: hace falta un acto para poner un dato en circulación, como hacía falta uno para tomarlo; el transporte no es el desplazamiento de una cosa, sino una relación entre dos movimientos, el del dato hacia el lector y el del lector hacia el dato; transportar un dato no lo desplaza, sino que multiplica sus portadores; y propagar el dato nunca es propagar el conocimiento, que exige una parte que el transporte no puede aportar en lugar del lector.

Los ocho documentos que componen este tomo conducen esta idea desde el acto de intercambio hasta su desboque —desde la fuente, ese punto estable que el hombre planta en el flujo, hasta el torrente, ese régimen en el que la circulación acelerada produce más datos de los que ninguna mirada puede seguir—. Al término del recorrido, el tomo toca un umbral: lo que llega sin ser leído permanece mudo, y lo que se decide allí —que un lector lo actualice o no— ya no pertenece a la circulación. Pertenece a la lectura, y es el objeto del tomo siguiente.

Este tomo se detiene, pues, en el borde del lector. Dice lo que es verdad

decir del movimiento del dato por mucho tiempo; deja a otros, y al lector, la tarea de determinar qué hacer con ello para hoy.

El dato navega porque está fijado

La doble navegación, y la paradoja de un punto fijo que viaja

Tomo 2 — Documento 1

«Un datum es lo que es dado —para una ocasión ulterior—.»

— Alfred North Whitehead, *Process and Reality* (1929)

«El agua que no corre se corrompe.»

— según Ovidio, *Pónticas*, I, 5, 6 (*ut capiant uitium, ni moueantur, aquae*)

Preámbulo — Un dato que no circula

El primer tomo se cerró anunciando este: *Cavar el canal* había abierto la transmisión inter-entidades y había remitido su despliegue al tomo del movimiento. Hele aquí. Lo que el primer tomo estableció —la **fabricación** del dato, de la toma a la fijación— vale aquí como resultado adquirido; solo se recordará de ello, paso a paso, lo que el movimiento exige.

Pero un dato fabricado y nunca transmitido sigue estando solo. El registro inscrito en el cuaderno de un solo observador, nunca mostrado, nunca enviado, nunca consultado, existe —ha sido inscrito, está fijado— y sin embargo no sirve de nada ni a nadie más que a quien lo produjo. Es como un agua que no corre: existe, pero se corrompe sin haber irrigado nada.

Ahora bien, la humanidad no fabrica sus datos para guardárselos. Los transmite. La circulación es un régimen frecuente y estructurante del dato, no su destino universal; cuando una inscripción apunta a una transmisión, ese gesto lo lleva una intención —actual o diferida, hacia un destinatario identificado o hacia un público anónimo por venir—. Es lo que la lengua conserva en la palabra misma: *dato* viene del latín *datum*, «lo dado». El

dato, etimológicamente, no es lo que *es* independientemente; es lo que *ha sido entregado* a alguien. Whitehead, a quien el ensayo cita, lo decía con precisión: un datum es lo que es dado, *para una ocasión ulterior*. El dato llama a un destinatario; sin ese horizonte, la inscripción sigue siendo un gesto suspendido, a la espera de su continuación.

Un tomo que va de la fuente al torrente

Este segundo tomo tiene por objeto ese movimiento: la puesta en circulación, que extiende la disponibilidad del dato y su posibilidad de uso. Su título dice su trayecto: *de la fuente al torrente*. Estos dos términos exigen, desde el principio, situarse en la red de imágenes del primer tomo —el río, que es el flujo de lo real; el canal, que es el flujo de observación que el hombre cava en él, y cuyo foco es *Cavar el canal*—. La **fuentes**, en esta red, no es un objeto que se encontraría ya hecho: entre el umbral de lo instantáneo y el umbral de lo eterno, el hombre *planta sus fuentes* —los puntos estables de los que sacará datos sobre los que lo real fluye con la lentitud suficiente para el uso que hace de ellos (*Los dos tiempos del dato*)—. El tomo parte de ahí: del dato en su fuente, en el punto donde se emite. Y va hasta el **torrente** —el régimen que alcanza la circulación cuando se acelera y se agrega hasta arrastrarlo todo—. De la fuente al torrente: es el trayecto del movimiento del dato, desde su punto de emisión hasta su desboque.

Pero no se describirá el movimiento sin haber resuelto una paradoja —una paradoja gemela de la que *Los dos tiempos del dato* ya encontró, y que amenaza, mientras no se disuelva, con volver ininteligible el movimiento del dato—.

La paradoja es esta. El primer tomo insistió largamente en que el dato está **congelado**. Una vez inscrito y fijado, ya no se mueve: es incluso de ahí de donde obtiene su utilidad, porque solo se puede transmitir, consultar, reproducir lo que permanece idéntico a sí mismo. Y he aquí que este tomo anuncia que **navega**, que viaja, que se desplaza de lugar en lugar. ¿Cómo puede navegar lo que está congelado? ¿Cómo puede viajar un punto fijo?

La tesis de este documento cabe en una frase: **el dato navega porque está fijado**. Lejos de oponerse, la fijeza es la condición del movimiento. No es a pesar de su fijeza como el dato viaja; es gracias a ella. Establecerlo exige distinguir dos navegaciones que el uso confunde, como el primer tomo distinguía los dos tiempos del dato.

Parte I — Por qué la fijeza hace posible el movimiento

Lo que no se sostiene no se transporta

Volvamos a la definición adquirida: producir un dato es detener un valor y fijarlo en un soporte —las dos operaciones que *Los dos tiempos del dato* estableció—. A partir de ese instante, el dato está sustraído al flujo: permanece.

Es esta permanencia la que abre las operaciones diferidas que *Los dos tiempos del dato* enumeraba: consultar, reproducir, duplicar, transmitir. Ninguna de estas operaciones es posible sobre lo que no permanece. No se transmite un valor que ya se ha disuelto. No se transporta una vibración que se ha apagado antes de llegar. El transporte presupone que haya, a lo largo de todo el trayecto, algo que transportar —es decir, un valor que se sostiene—.

La fijeza no es, pues, lo inverso del movimiento: es su condición material. Del mismo modo que solo se puede enviar un paquete si conserva su forma durante el trayecto, solo se puede hacer viajar un dato porque permanece idéntico a sí mismo de un extremo a otro. Lo que se deshace por el camino no llega; lo que no llega no ha viajado.

El punto fijo y su soporte

Los dos tiempos del dato había ofrecido una imagen: el dato es un punto fijo clavado en una corriente —su fuerza y su límite van juntos en esa posición—. El presente documento le añade una dimensión que el primer tomo no había tenido que considerar.

Ese punto fijo se puede hacer viajar. Pero seamos aquí precisos sobre *qué* viaja. El dato no está en su soporte: el soporte lo *lleva* —*Los dos tiempos del dato* lo estableció a propósito de la duplicación—. Lo que se desplaza materialmente no es, pues, nunca «el dato» como una cosa que se levantaría, es el **soporte** que lo lleva: la carta de papel, el rollo, el disco, o bien la señal que una onda modula. Hacer viajar un dato es hacer viajar un soporte que lo lleva —o producir en otra parte una copia de él, es decir, hacer que lo lleve un segundo soporte sin que deje de llevarlo el primero—.

Y es precisamente porque el dato es *fijo* —porque no se disuelve cuando se manipula el soporte que lo lleva— por lo que se lo puede desplazar así sin perderlo. Una corriente no se desplaza: es el desplazamiento. Un punto fijo, en cambio, se deja llevar, porque conserva su forma mientras se lo lleva. He aquí la primera navegación: el desplazamiento, de un lugar a otro, del soporte que lleva el dato. La llamaremos la **navegación espacial**. Pero hay una segunda, más discreta, que el primer tomo ya describió con otro nombre.

Parte II — Las dos navegaciones

La navegación espacial: viajar en el soporte

La primera navegación es la que se ve. El soporte que lleva el dato deja su lugar de origen y se dirige a otro lugar, o bien una modulación se propaga a lo largo de un soporte que permanece en su lugar. La carta parte del remitente y llega al destinatario; el rollo atraviesa el Mediterráneo; la señal recorre la fibra. En todos estos casos, el dato se desplaza **en el espacio**, llevado por un soporte que asegura el trayecto.

Esta navegación es visible, medible, fechable. Tiene un punto de partida y un punto de llegada. Lleva un tiempo, a veces despreciable, a veces considerable. Sigue un camino material, sea ese camino una carretera, un cable o una onda. Es la navegación en el sentido más inmediato: un movimiento de un punto del espacio a otro.

El tomo que se abre es, en lo esencial, el examen de esta navegación espacial: lo que la desencadena, lo que la lleva, lo que la restringe, lo que se acumula cuando se repite. Pero no es la única. Si uno se atuviera a ella, se perdería algo que el primer tomo ya sacó a la luz, y que «viaja» con el dato sin que ningún soporte sea responsable de ello.

La navegación temporal: lo real que se aleja en torno al dato

Los dos tiempos del dato lo estableció, y la formulación es sutil: el dato *no se mueve* —lo que se mueve es lo real, cuyo flujo prosigue su curso y se aleja del punto que el acto había marcado—; la caducidad no es un movimiento del dato, sino una **relación** entre un dato inmóvil y lo real en movimiento.

Los dos tiempos del dato dio de este vuelco una imagen decisiva, que hay que retener para todo este tomo: allí donde la ciencia clásica mide el desplazamiento de un objeto en un marco fijo, el dato da a constatar el alejamiento de un marco móvil en torno a un objeto fijo. Este tomo le añade una palabra, y esa palabra es importante: *en torno*. Lo real no se aleja del dato en línea recta, como uno se aparta de un punto caminando todo recto. Gira en torno a él mientras se aleja —a la manera de la luna que, en cada revolución, sigue ligada a la tierra, todavía actúa sobre ella, y sin embargo se aleja de ella imperceptiblemente—. El dato sigue en relación con el fragmento de lo real que tomó: sigue diciendo algo de él, como la luna sigue actuando sobre las mareas. Pero esa relación se distiende, vuelta tras vuelta, y la brecha crece irreversiblemente. El movimiento del dato en el tiempo no es una huida rectilínea; es una espiral que se ensancha, vínculo mantenido y distancia creciente.

Es la **navegación temporal**: no el dato que se desplaza, sino lo real que se va girando en torno a él. No exige ningún soporte de transporte, ningún trayecto, ningún camino. Tiene lugar en el sitio, por el solo fluir de lo real. Un dato encerrado en un cofre, nunca transmitido, navega así en el tiempo

sin moverse un paso en el espacio. *Los dos tiempos del dato* la describió con el nombre de caducidad; el presente documento la llama **navegación temporal** para ponerla junto a la otra —porque las dos navegaciones, como se va a ver, no son independientes—.

Lo que las dos navegaciones tienen en común, y lo que las separa

Las dos navegaciones comparten una misma condición: la fijeza. La navegación espacial es posible porque el dato se sostiene mientras se desplaza el soporte que lo lleva. La navegación temporal es posible porque el dato se sostiene mientras lo real se aleja en torno a él. Sin fijeza, ni la una ni la otra: lo que se disuelve no llega a ninguna parte y no atestigua nada.

Pero se separan en un punto. La navegación espacial es **querida**: procede de un acto humano que decide desplazar el soporte —lo que el documento siguiente llamará el acto de intercambio—. La navegación temporal, en cambio, tiene su fuente en un fluir que nadie gobierna: *el fluir de lo real no se decide*. En este primer sentido, la padecemos más de lo que la hacemos.

Guardémonos, sin embargo, de concluir que el hombre sería en ella enteramente pasivo. Porque si el fluir mismo no se gobierna, el hombre dispone no obstante de asideros sobre la brecha. Actúa sobre lo real —*La ola y el océano* lo mostró: el humano es una porción del flujo, y este tomo mostrará que el torrente es lo real marcado por nosotros—; impactar en lo real es actuar sobre la velocidad a la que el fragmento tomado se aleja del dato. Y dispone de otro asidero: puede, mediante una nueva toma, producir un dato fresco junto al antiguo —no para recuperar la brecha de este, que nunca se recupera, sino para reconstituir, por acumulación cadenciada, un flujo que sigue a lo real—. El hombre no suprime la navegación temporal; modula, en cierta medida, su efecto. La parte exacta de este asidero —hasta dónde puede el hombre contener la brecha, y con qué fin— desborda este tomo, que se limita a señalar que existe: la navegación temporal tiene su fuente en un fluir padecido, pero no está, por ello, fuera de toda acción humana.

Esta disimetría tiene una consecuencia que todo el tomo desplegará. Si la navegación espacial lleva tiempo —y siempre lo lleva, aunque sea ínfimo—, entonces *mientras tiene lugar, la navegación temporal continúa*. El dato que su soporte hace viajar en el espacio envejece en el tiempo durante el viaje. Llega más alejado de lo real del que procede que cuando partió. El transporte es, pues, él mismo una causa de caducidad: desplazar un dato es dejarlo envejecer el tiempo del desplazamiento. Las dos navegaciones se suman, y es su suma la que constituirá, al final de este tomo, todo el problema del torrente.

Parte III — Lo que la doble navegación ilumina

Por qué la velocidad se vuelve decisiva

Si el dato solo hiciera la navegación espacial, su velocidad de transporte sería una simple comodidad: llegar antes valdría más que llegar después, sin que nada esencial dependiera de ello. Pero porque la navegación temporal corre durante el transporte, la velocidad deja de ser una comodidad para convertirse en una cuestión de fondo. Cuanto más lento es el transporte, más ha envejecido el dato al llegar; cuanto más rápido, menos se ha alejado de lo real. La velocidad del transporte es, literalmente, una lucha contra la caducidad.

Es lo que ilumina el sentido profundo de la aceleración de las técnicas de transmisión, que *Cavar el canal* documentó. Transmitir más deprisa no es solo ganar comodidad: es hacer llegar el dato menos envejecido, más cerca de lo real que toma. En el límite —el de la transmisión casi instantánea—, el envejecimiento de transporte casi desaparece: el dato llega tan fresco como partió. *Cavar el canal* había identificado ahí un **salto sistémico**, y se mide ahora su naturaleza: no es que el transporte se haya vuelto más rápido, es que su duración propia ha pasado por debajo del umbral de la percepción, y con ella el envejecimiento que imponía. Volveremos sobre ello extensamente; basta aquí con señalar que es la doble navegación la que hace pensable esta cuestión.

Por qué un dato transportado no es un dato rejuvenecido

Hay que descartar desde el principio una confusión, porque es tenaz. Transportar rápidamente un dato lo hace llegar poco envejecido; no lo **rejuvenece**. Un dato tomado hace diez años y transmitido hoy en una fracción de segundo llega intacto, pero sigue siendo un dato de diez años de edad. La rapidez del transporte actúa sobre el envejecimiento *de transporte* —la demora del trayecto—, no sobre el envejecimiento *de origen* —la brecha entre el instante de la toma y el presente—.

Esta distinción es capital, y la doble navegación permite mantenerla. La velocidad espacial solo corrige la parte temporal que ella misma añade. No remonta el curso del tiempo de lo real —porque *Los dos tiempos del dato* lo estableció: la frescura nunca se recupera, el acto que habría podido captarla ha pasado—. Por eso un torrente de datos transmitidos a gran velocidad puede ser, pese a su frescura de transporte, un torrente de datos ya vencidos en la fuente: la velocidad los hizo llegar deprisa, no los volvió actuales. El tomo volverá sobre este punto cuando examine lo que la circulación acelerada hace —y lo que no hace—.

Por qué el dato es un medio para no dejar que todo sea arrastrado

Una última observación abre el camino al resto del tomo, y da al movimiento del dato su alcance más profundo. El primer tomo se abría con una frase: *no vivimos rodeados de datos, sino de lo real que fluye*. Lo real lo arrastra todo; nada de lo que pasa permanece por sí mismo. Ahora bien, el hombre, porción del flujo, ha encontrado, mediante un gesto deliberado, el medio de no dejar que todo sea arrastrado: inscribe. Hacer una fotografía de este presente es hacer que un fragmento de él permanezca cuando el flujo lo haya arrastrado todo; es arrancar a la corriente una parte, por ínfima que sea, y fijarla.

El dato es ese medio. Es el instrumento por el que una porción de lo real —el hombre— retiene otra porción contra el fluir que, sin ello, la borraría. Y si el dato debe ser fijo para poder viajar, es porque ese medio solo vale plenamente si se comparte: se retiene el presente no solo para uno mismo, sino para transmitirlo —a otro lugar, a otro tiempo, a otro que uno mismo—. Es por ahí por donde el hombre se ha construido en cuanto hombre, por donde ha sabido acumular, transmitir, evolucionar: no impidiendo que el flujo fluya, lo cual es imposible, sino fijando y haciendo circular asideros sobre ese flujo. El punto fijo es fijo *para poder ser dado*; se reencuentra el indicio etimológico: el dato es lo que es dado para una ocasión ulterior.

Pero la ocasión ulterior —el encuentro con un lector, el acto por el que descifrará lo que le llega— no pertenece a este tomo. Este tomo conduce el dato hasta el umbral de ese encuentro, y se detiene allí. Muestra cómo el punto fijo se pone en movimiento, cómo ese movimiento se pone en marcha, se despliega, se acelera, y acaba produciendo más datos de los que ningún lector podrá recibir —hasta el punto de que el medio mismo que el hombre se había dado para no dejar que todo fuera arrastrado amenaza, vuelto contra sí mismo, con arrastrarlo todo de nuevo—. En qué se convierte entonces lo que llega sin ser leído —dato actualizado por una lectura, o dato que ha permanecido mudo— es la pregunta del tomo siguiente. El presente tomo tiene por única tarea llevar el dato al alcance. Ya es mucho, y es lo que los documentos que siguen van a establecer.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la precisión filosófica de la palabra *datum* en Whitehead, la distinción bergsoniana de la duración y del tiempo espacializado que funda los dos tiempos del dato—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; la carta, el rollo, la fibra, el cofre, la fotografía, la espiral de la luna pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos del primer tomo remiten a sus focos: los dos tiempos, la fijación y sus operaciones diferidas, la

duplicación, la caducidad y las fuentes plantadas entre dos umbrales, a *Los dos tiempos del dato*; el lector situado y el reparto causado/querido, a *La huella y el lector*; el flujo de observación, el salto sistémico y la aceleración de las técnicas de transmisión, a *Cavar el canal*.

Este documento lleva, para la trilogía, el foco de la **dobles navegación**. La tesis —el dato navega porque está fijado— se demuestra en él; la **navegación espacial** y la **navegación temporal** reciben aquí sus nombres, y con ellas la imagen de la espiral —lo real que se aleja del dato girando en torno a él, vínculo mantenido y distancia creciente—; la distinción entre el **envejecimiento de transporte** y el **envejecimiento de origen** se establece aquí, así como la suma de las dos navegaciones —el transporte mismo, causa de caducidad—, que constituirá, al final del tomo, todo el problema del torrente. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

El acto de intercambio

El segundo gesto, y el soporte que lo lleva

Tomo 2 — Documento 2

«Dar, recibir, devolver.»

— Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don* (1925)

Preámbulo — Simetría de un gesto

Los dos tiempos del dato estableció que el dato nace de dos operaciones: un **acto** que lo hace nacer —el acto de inscripción—, y un **soporte** que lo hace durar —la fijación—. El primero ancla el dato en el tiempo de lo real; el segundo lo instala en el tiempo de la inscripción. El dato es la tensión entre esos dos anclajes.

Pero un dato inscrito y fijado solo existe allí donde fue producido. Para que exista en otra parte —en manos de otro, en otra institución, en otro tiempo que el de su lugar de origen—, es necesario que intervenga un segundo gesto. Este gesto, el presente documento lo llama el **acto de intercambio**, y muestra que es rigurosamente simétrico del acto de inscripción.

La simetría entre estos dos actos es exacta, y es la tesis de este documento. El acto de inscripción pone en juego un soporte de fijación; el acto de intercambio pone en juego un soporte de transporte. El acto de inscripción hace pasar lo real al estatuto de dato; el acto de intercambio hace pasar el dato de un punto a otro. El acto de inscripción **funda** el dato; el acto de intercambio **extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso**. Esta simetría no es un adorno: es la clave de una gran parte de lo que está en juego en el uso social de los datos.

Una precisión de vocabulario gobierna lo que sigue: distinguir nítidamente el **acto** que decide la puesta en circulación —el acto de intercambio— del **trayecto** que desencadena —el transporte, objeto del documento

siguiente—. El acto es puntual y querido; el transporte es extenso y material. No confundirlos es la condición para pensar correctamente lo que viene.

Parte I — Un segundo gesto fundador

Por qué hace falta un acto, y no un simple acontecimiento

Podría creerse que el movimiento del dato va de suyo: que, una vez inscrito, «circula» por sí mismo, como el agua fluye por pendiente natural. Es una ilusión, la misma que hacía creer que el dato se recoge en lo real como un objeto ya hecho. *La huella y el lector* la dispó para la inscripción: entre lo real legible y el dato, nada cruza el umbral por sí solo; hace falta un acto que decida, que apunte, que detenga. El presente documento la disipa para el movimiento: entre el dato fijado y el dato transmitido, nada se cruza por sí solo; hace falta un acto que decida hacerlo pasar.

Este acto es de la misma naturaleza que el acto de inscripción. Es **humano**: es alguien quien decide enviar, publicar, compartir, poner a disposición. Es **intencional**: se transmite para algo, hacia alguien o hacia un público, con un fin. Es **situado**: tiene lugar en un instante, en un lugar, con los medios de una época. Y es, como el acto de inscripción, **fechado y no repetible**: el envío de este dato, en este instante, hacia este destinatario, es un acontecimiento único del flujo de lo real; se puede realizar otro, no se puede rehacer ese.

La distinción que *La huella y el lector* estableció —la huella es *causada*, el dato es *querido*— encuentra aquí su prolongación. Un dato que «se fuga», que se difunde sin que nadie lo haya decidido, no es objeto de un acto de intercambio: es un accidente, un efecto causal, el equivalente para el movimiento de lo que la huella es para la inscripción. El acto de intercambio, en cambio, es querido. Hay alguien que lo realiza, y por tanto alguien que responde de él.

El costo y la responsabilidad

Como el acto de inscripción, el acto de intercambio tiene un **costo**. Transmitir nunca es gratuito: hace falta un soporte, una energía, un tiempo, una infraestructura. El documento siguiente mostrará que ese costo nunca desaparece, ni siquiera cuando se vuelve tan bajo que se deja de verlo. Por ahora, retengamos que un acto que tiene un costo es un acto que se elige realizar o no —y esa elección compromete a quien la hace—.

Porque el acto de intercambio compromete una **responsabilidad**, y de un alcance propio. El acto de inscripción comprometía ya la responsabilidad de la toma —qué observar, con qué probidad, dejando qué fuera de campo—: *La huella y el lector* la estableció. El acto de intercambio

le añade la responsabilidad de la **puesta en circulación**: a quién transmito, qué hago accesible, qué elijo no hacer circular. Se puede haber inscrito con probidad y transmitir sin discernimiento; se puede haber tomado un dato justo y ponerlo en manos que lo desviarán. La responsabilidad del intercambio no está cubierta por la de la inscripción: es una responsabilidad distinta, que nace con el segundo gesto.

Por eso el movimiento del dato no es un hecho técnico neutral. Decidir transmitir es realizar un acto del que se responde —con el mismo rango, aunque de otro modo, con que se responde de la toma que se ha efectuado—.

Parte II — El soporte de transporte

Todo transporte exige un soporte material

El acto de inscripción solo se sostiene por un soporte de fijación: una materia que conserva la inscripción en el tiempo. El acto de intercambio, del mismo modo, solo se realiza mediante un soporte —pero un soporte de otra función—. Ya no es el soporte que *hace durar*; es el soporte que *hace pasar*. El presente documento lo llama el **soporte de transporte**.

Todo transporte exige un soporte material. Es verdad para los víveres, para las personas, para las palabras; es verdad también para los datos. Un dato que viaja se vale siempre de un vehículo. El rollo de papiro atraviesa el mar en una caja, llevado por un barco y por manos. La tablilla de arcilla pasa de una ciudad a otra por un mensajero. El libro se envía por correo con otros objetos. En cada uno de estos casos, el soporte de transporte es visible: se lo puede señalar con el dedo.

Una materialidad a veces invisible

La ilusión contemporánea consiste en creer que el dato digital, por su parte, no se transportaría materialmente. El ensayo da aquí por sentado —sin demostrarlo— que un dato digital que viaja está, en cada instante, llevado por un soporte físico: la fibra que modula una señal luminosa, la antena que emite una onda, el cable submarino que lleva fotones, la memoria intermedia que retiene brevemente el paquete antes de reenviarlo. Con esta condición, la ilusión viene de la rapidez y de la invisibilidad del transporte —no de su ausencia—; y el transporte digital es tan material como el transporte postal, solo que más rápido, más distribuido, más difícil de ver.

Esta precisión no es un detalle técnico. Abre la cuestión de las **condiciones materiales del transporte** —costo energético, infraestructuras, dependencias, vulnerabilidades—, que son tan reales para lo digital como para los soportes antiguos. Un dato digital tiene un impacto de transporte;

nunca es puramente inmaterial. Creer lo contrario es cometer, sobre el movimiento, el error que el primer tomo combatía sobre la existencia: confundir con lo inmaterial lo que solo es invisible.

Una tipología mínima

Los soportes de transporte se dejan describir según tres familias, que corresponden a tres maneras en que la materialidad asegura el movimiento. Esta tipología es mínima y de fondo; las formas concretas que la pueblan están fechadas.

Los soportes que se **desplazan**: el rollo, el libro, la tablilla, la carta, la memoria USB. El soporte es él mismo móvil; lleva el dato consigo y lo entrega al llegar. El dato y su soporte hacen el viaje juntos.

Los soportes que **transmiten**: la voz que lleva la palabra, la onda que lleva la señal, el cable que lleva la corriente. El soporte está en su sitio, fijo o estacionario; lo que viaja es una modulación de ese soporte —vibración, onda, impulso—. El dato atraviesa el soporte sin que este se mueva.

Los soportes que **hacen accesible**: el muro que lleva el fresco, el monumento que lleva la inscripción, la pantalla que muestra, el estante que presenta el libro. El soporte no está concebido para el desplazamiento; ofrece el dato a quien viene a él. El transporte, en este caso, no es el del dato hacia el destinatario, sino el del destinatario hacia el dato —punto del que el documento siguiente hará todo un desarrollo—.

Estas tres familias no son estancas. Un libro prestado es un soporte que se desplaza; leído en el sitio, en una biblioteca, se convierte en un soporte que hace accesible. Una señal difundida es un soporte que transmite; captada por un receptor, se inscribe en un soporte de fijación del lado del destinatario y vuelve al régimen del dato fijado. Un mismo caso puede, pues, combinar varios soportes según el momento del trayecto que se considere.

Parte III — Lo que el acto de intercambio ilumina

La rejilla completa: tres actos, dos soportes, unas condiciones

Puede enunciarse ahora la rejilla completa de la ontología procesual, tal como la llevan juntos los dos tomos. En el origen, el flujo de lo real. Sobre ese flujo, un **acto de inscripción** toma un valor; un **soporte de fijación** lo conserva. El dato existe. Luego un **acto de intercambio** decide hacerlo pasar; un **soporte de transporte** lo encamina. El dato circula.

Tres actos, pues —pero el tercero queda aparte, y este tomo no lo trata: el **acto de lectura**, por el que un destinatario hará, del dato llegado, un sentido actualizado—. Y en su vertiente, la simetría de los soportes

se detiene. La fijación tiene su soporte; el transporte tiene el suyo; la reanudación, en cambio, no tiene *un* soporte —tiene **condiciones de reanudación interpretativa**: un ejemplar alcanzable, un código vivo, una interfaz practicable, un corpus de referencia, unas competencias, una comunidad, un cuerpo—. Ningún soporte homogéneo proporciona ese conjunto; la rejilla no se fuerza, pues, en tres columnas iguales. Su pérdida tiene grados, cuya escala da el tomo del lector. La parsimonia conceptual invita a no multiplicar los actos sin necesidad; el tomo se atiene al intercambio y deja la lectura al tomo siguiente. La rejilla que completa se detiene en el umbral del lector —fiel en esto a la línea divisoria de los dos tomos—.

Por qué el mantenimiento de un flujo es tan exigente

Esta rejilla ilumina un punto que *Cavar el canal* había dejado implícito. Un flujo de observación —ese dispositivo en el que la inscripción se repite para reconstituir el movimiento de lo real— no es solo una inscripción repetida. Es una **cadena de mantenimiento en tres operaciones** —cadena de un dispositivo, distinta de la rejilla de los actos fundadores—: las tomas se inscriben, luego se transportan hacia un lugar de almacenamiento, luego se ponen a disposición de quien las consulte. Inscripción, transporte, puesta a disposición se repiten en paralelo.

Por eso mantener un flujo de observación es tan exigente: no es una sino tres cadenas lo que hay que mantener en buen estado. Se puede inscribir perfectamente y transportar mal; transportar fielmente y hacer impracticable el acceso; asegurarlo todo aguas arriba y dejar que el almacenamiento se degrade. Cada eslabón tiene sus fallos propios, y la solidez del conjunto es la de su eslabón más débil. La rejilla de los tres actos da a esta exigencia su nombre y su razón.

La inscripción funda; el intercambio extiende

Queda por medir el alcance de la simetría planteada en el preámbulo. El acto de inscripción **funda** el dato: sin él, solo hay flujo, nada detenido. El acto de intercambio **extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso**: sin él, el dato existe —constituido, entero— pero sigue solo, inscripción huérfana que no alimenta a nadie. Un dato inscrito y nunca transportado es como el agua de un canal que se hubiera cavado sin unirlo a ningún campo: fluye por su lecho, sin fecundar lo que lo necesitaría.

Aquí debe movilizarse una propiedad singular del dato, porque cambia la naturaleza misma del intercambio. Cuando se transmite un objeto material, uno se desposee de él: se va, ya no se tiene. El dato no funciona así —*Los dos tiempos del dato* lo estableció: no está *en* su soporte, sino que el soporte lo *lleva*, y **no se cede como una cosa, se comparte como un hecho**—: quien transmite conserva una copia, sin que nadie quede desposeído. Lo que circula, en el acto de intercambio, no es, pues, un objeto que pasaría de mano en mano; es una constatación que se

hace presente en varios lugares a la vez. He ahí lo que distingue el acto de intercambio de toda transferencia de objeto; la mecánica de esta propiedad —lo que se cuenta cuando se copia, lo que sigue siendo uno— es asunto de *Las propiedades del movimiento*.

Esta no rivalidad es **ontológica**: obedece a lo que es el dato, no a lo que el derecho dispone sobre él. No dice nada de los regímenes jurídicos —los del soporte, de la base, del secreto, de la persona, del acceso y de su control—, que permanecen íntegros y distintos: que compartir no despoje no significa que todo compartir esté permitido, ni que nada pertenezca a nadie. El tomo no desarrolla nada de ello; bastaba con que la propiedad no se confundiera con una tesis sobre la pertenencia.

Puede entonces avanzarse, con prudencia, una tesis moderada. Cuando el humano no se limita a guardar sus inscripciones sino que las comparte, la circulación extiende la disponibilidad y la posibilidad de uso del dato, sin llevar a cumplimiento ni el dato ni la lectura: régimen frecuente y estructurante, no destino universal. Es lo que la etimología indicaba, lo que Whitehead decía, lo que la historia de las técnicas de inscripción parece mostrar —desde las primeras muescas, que valían como marcas compartibles, hasta el flujo contemporáneo que se dirige a destinatarios innumerables—.

Pero «estar hecho para circular» no quiere decir «circular bien». El transporte tiene sus formas, sus restricciones, sus propiedades, que pueden servir al destinatario o engañarlo, alcanzarlo o no llegar a él. Es el objeto del documento siguiente, que examinará qué es, precisamente, un transporte —y descubrirá que no es lo que se cree: no el desplazamiento del dato, sino una relación entre dos desplazamientos—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la tríada maussiana «dar, recibir, devolver», el indicio etimológico del *datum* en Whitehead—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el rollo, la carta, la fibra, el canal sin campo pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos del primer tomo remiten a sus focos: el acto de inscripción y la fijación, así como el dato llevado y no cedido —el compartir sin desposesión—, a *Los dos tiempos del dato*; la huella causada y el dato querido, con la responsabilidad de la toma, a *La huella y el lector*; el flujo de observación, a *Cavar el canal*. La tesis moderada del intercambio —la circulación, régimen frecuente y estructurante del dato, no su destino universal— es un resultado adquirido de la primera edición, al que esta edición da su crédito y su perímetro.

Este documento lleva cuatro focos para la trilogía. El **acto de intercambio** se establece aquí —segundo gesto, humano, intencional, situado, fechado

y no repetible, que conlleva un costo y una responsabilidad propia, la de la puesta en circulación—. El **soporte de transporte** recibe aquí su tipología mínima —los soportes que se desplazan, los que transmiten, los que hacen accesible—. La **rejilla de los tres actos** se cierra aquí —inscripción, intercambio, lectura— y, en la vertiente de la lectura, no un tercer soporte sino las **condiciones de reanudación interpretativa**, de las que este documento es el foco. El **verbo del intercambio** se fija aquí —el intercambio extiende la disponibilidad y la posibilidad de uso— y la no rivalidad recibe aquí su perímetro: ontológica, distinta de los regímenes jurídicos. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Transporte y propagación

La relación entre dos desplazamientos, y lo que la circulación lleva consigo sin darlo

Tomo 2 — Documento 3

«El saber es lo único que aumenta cuando se comparte.»

— Atribuido a Sócrates

Preámbulo — Una visión ingenua que hay que enderezar

El documento anterior planteó el acto de intercambio y el soporte de transporte. Queda por examinar qué es, precisamente, el transporte mismo. Y aquí se impone primero una visión ingenua —que hay que enderezar, porque todo lo demás depende de ello—.

La visión ingenua es esta: transportar un dato sería desplazarlo, a él, de un punto a otro —como se desplaza un paquete—. El remitente empuja el dato hacia el destinatario, y el transporte es ese movimiento del dato. Esta imagen tiene una parte de verdad, pero es incompleta, y su incompletud oculta lo esencial.

Porque el destinatario no es un punto inmóvil que solo tendría que recibir. También él, a menudo, debe desplazarse —hacia el dato, hacia el lugar donde lo espera, hacia el estante donde está ordenado—. El transporte no es, pues, el desplazamiento del dato solo: es una **relación entre dos desplazamientos**, el del dato hacia el lector, y el del lector hacia el dato. Es la tesis de este documento, y cambia la manera de pensar toda la circulación.

Este documento fija por último un vocabulario de dos grados. El **transporte** designa la fase elemental —el encaminamiento de un dato hacia un lector—. La **propagación** designa el objeto agregado —el conjunto de los transportes acumulados, por los que un dato alcanza

de uno en otro a una multitud—. La relación del transporte con la propagación es la del acto de inscripción con el flujo de observación: lo elemental y lo agregado.

Parte I — El transporte es una relación entre dos desplazamientos

Las dos mitades del camino

La lectura solo se vuelve posible cuando el dato y su lector se encuentran. Ahora bien, este acercamiento puede realizarse por los dos lados, y la relación entre ambos puede variar enormemente.

Con una carta, el remitente hace lo esencial del camino: dirige el dato a un destinatario determinado, que apenas tiene que recibirlo. El desplazamiento está casi por entero del lado del dato. Con la biblioteca, el reparto es inverso: el dato llega hasta el lugar, se detiene allí, y es el lector quien realiza el resto —viene, busca el estante, abre el libro—. El desplazamiento se inclina del lado del lector. Con la publicación abierta o la difusión masiva, el desplazamiento del lado del dato es máximo e indiferenciado —el dato está al alcance de todos, sin destinatario determinado— y todo el peso de la relación descansa en el lector, que debe realizar toda su parte: conectarse, buscar, venir.

No hay, pues, dos modos opuestos del transporte —uno en el que el dato vendría, otro en el que el lector iría—. Hay una sola relación, cuyo peso se distribuye de diversas maneras entre los dos desplazamientos. Pensar el transporte como una relación, y no como un desplazamiento único, es darse el medio de comprender situaciones que la visión ingenua confunde.

Lo que cada lado presupone

Esta relación no es simétrica en sus exigencias, y la disimetría es instructiva.

Cuando el dato hace lo esencial del camino, el emisor debe saber *quién* es el destinatario, *dónde* se encuentra, *cuándo* servirlo. El transporte presupone entonces un conocimiento previo —una libreta de direcciones, un directorio, la intención de alcanzar a tal receptor—. Es una relación personalizada, que no puede dirigirse a todos indistintamente sin volverse prohibitiva.

Cuando el lector hace lo esencial del camino, el emisor no necesita saber quién vendrá. Instala un lugar de acceso, guarda su entrada, asegura su conservación. Pero entonces es el lector quien debe saber *adónde* ir: hay que constituir un conocimiento en el otro sentido —ya no el directorio de los destinatarios, sino el catálogo de los lugares de acceso, los rótulos,

el conocimiento de las bibliotecas y de los depósitos—. Es una relación colectiva, que puede servir a una multitud sin cambiar de naturaleza.

Ninguna de las dos distribuciones es en sí mejor. Sirven a intenciones diferentes, y un mismo corpus puede estar a la vez a disposición de quien tiene conocimiento de él y dirigido activamente a quien se quiere alcanzar. Pero su distinción es de fondo: distribuye de otro modo la carga del transporte, y reclama conocimientos diferentes aguas arriba.

El criterio de cumplimiento: la parte del lector practicable

Queda una pregunta que la visión ingenua no sabe zanjar: ¿cuándo está *cumplido* un transporte? Si se dijera «cuando el destinatario ha recibido», se haría depender el cumplimiento del transporte de un acto —la recepción, la lectura— que no pertenece al transporte. Ahora bien, hace falta una respuesta que no invada la lectura, puesto que la lectura es asunto del tomo siguiente.

La respuesta reside en la relación misma. **El transporte está cumplido cuando el dato ha hecho su parte y la parte del lector se ha vuelto practicable** —es decir, cuando el dato está al alcance, accesible, lo lea o no el lector—. Lo que sigue —¿viene?, ¿tiene el código?, ¿lee?— ya no es transporte; es lectura. Un dato perdido por el camino no ha hecho su parte: el transporte se ha quedado en potencia. Un dato puesto a disposición ha hecho la suya: el transporte está cumplido, y le toca al lector.

«Al alcance» no es, pues, una propiedad del dato solo: es una propiedad de la **relación**. Es necesario que la parte del lector sea no solo permitida sino *practicable* —que tenga el receptor, el acceso, el lugar ordenado donde encontrar—. La difusión más amplia no transporta nada hacia quien no puede conectarse. Poner un dato «a disposición de todos» en un soporte que nadie sabe alcanzar es no haber cumplido ningún transporte, por amplio que haya sido el gesto de emisión.

Este criterio coincide con un caso que *Los dos tiempos del dato* había aislado, y lo prolonga: el **dato inaccesible** —«perfectamente vivo en sí mismo y, sin embargo, perdido *para un lector situado*»—. Se ve ahora lo que es esa inaccesibilidad, desde el punto de vista del movimiento: un transporte cuya parte del lector nunca pudo volverse practicable. Por más que el dato se haya emitido y sea duradero, la relación no se ha cumplido, porque el desplazamiento del lado del lector es imposible. La inaccesibilidad y el incumplimiento del transporte son una sola y misma cosa, vista desde dos lados: la extinción para el lector situado, y el fracaso de la relación de transporte.

Este criterio zanja también el caso del «destinatario que no recibe» sin tocar la lectura. El dato puesto a disposición y nunca consultado ha sido *transportado* —su parte está hecha, la parte del lector es practicable—, aunque nadie venga. Lo que no ha tenido lugar no es el transporte; es

la lectura. Y la lectura, aquí, solo se nombra como el límite donde el transporte se detiene.

Parte II — De lo elemental a lo agregado: la propagación

El dato se propaga de lector en lector

Un transporte lleva un dato hacia un lector. Pero los transportes se acumulan: el dato llegado a uno se retransmite hacia otros, que lo retransmiten a su vez. De esta acumulación nace un objeto agregado que el presente documento llama la **propagación**: el conjunto de los puntos recorridos por un dato a medida que alcanza, de uno en otro, a una multitud.

La relación de la propagación con el transporte repite la del flujo de observación con el acto de inscripción, establecida en *Cavar el canal*: el acto es elemental, el flujo es el agregado de las inscripciones repetidas. Del mismo modo, el transporte es elemental; la propagación es el agregado de los transportes acumulados —*Los dos tiempos del dato* lo había anunciado al fijar los cuatro verbos de la duplicación—. Esta correspondencia no es una analogía cómoda: es la misma estructura —lo elemental y lo agregado— que se encuentra en las dos vertientes de la vida del dato, la de su fabricación y la de su circulación.

Lo que la propagación lleva consigo

La propagación es el vehículo material por el que se difunden, a escala colectiva, no solo el dato sino lo que los hombres sacan de él. Cada lector, al recibir el dato, lo descifra con su corpus, saca de él una información, la integra en su conocimiento —según la cadena extendida planteada en *Cavar el canal*—. La propagación hace circular la materia a partir de la cual, lector tras lector, esa cadena se reconstituye.

Es el sentido profundo del movimiento histórico que describía *De la muesa al algoritmo*: lo que era privilegio se vuelve, con el tiempo, común —las bibliotecas fueron su ejemplo, reservadas primero a una élite, abiertas luego a todos—. La biblioteca pública generaliza la relación de transporte favorable al lector: rebaja el costo de su parte, hasta que cualquiera pueda realizar su mitad del desplazamiento. Hacer común es eso: no multiplicar el dato, sino hacer practicable, para el mayor número, la parte que corresponde al lector.

Lo que la propagación no lleva consigo

Hay que enunciar aquí un límite con la mayor nitidez, porque es capital y tiende la mano al tomo siguiente: **propagar el dato no es propagar el conocimiento.**

El dato llega al alcance —*accesible*, dirá el tomo del lector—. La información, el conocimiento, la sabiduría, en cambio, no viajan con la señal: la actualización no se transporta. Exigen que el lector realice su parte —el desplazamiento hacia el dato, su desciframiento, su integración—. El conocimiento no está *contenido* en el dato transportado; lo *produce* un lector que hace su parte. Hacer circular el dato solo cumple la mitad de la relación; la otra mitad no es del orden del transporte, y ningún perfeccionamiento del transporte podrá cumplirla en lugar del lector.

Por eso una sociedad puede estar atravesada de datos como nunca y no ser por ello más instruida. El torrente —ya llegaremos a él— hace circular datos con un caudal considerable; no hace circular por ello el conocimiento en la misma proporción, porque la parte que corresponde al lector no se transporta. La circulación cumple lo que es de su competencia, y nada más. Lo que deja intacto —la parte del lector— será el objeto propio del tomo siguiente. El presente tomo se limita a nombrarlo como su límite: hay, al final del transporte, algo que el transporte no hace.

Parte III — El impedimento de la relación

Una relación restringida, de dos maneras

La relación de transporte no es sistemática. Es relativa a la voluntad, a la capacidad y a los medios que el hombre se da. Puede verse impedida —y su impedimento es de dos naturalezas, cuya distinción es de fondo—.

El impedimento **voluntario** es el secreto. Una entidad cierra el acceso por un interés propio: propiedad de un saber, plan mantenido oculto, ventaja de quien sabe sobre quien no sabe. El secreto es una dimensión permanente de lo humano; siempre habrá necesidad de secretos. No es una imperfección que corregir: es una elección, a veces legítima. La relación se rompe aquí deliberadamente.

El impedimento **involuntario** es la incapacidad. No hay receptor para la onda, no hay lugar ordenado para encontrar lo que se ha acumulado, no hay medio de transmitir. La relación se rompe por restricción, no por voluntad. Y este impedimento *reclama una respuesta*: el hombre busca rodeos, aprovecha su conocimiento para abrir un camino entre el dato y el lector —aprendizaje, enseñanza, técnica—.

El trabajo de apertura de caminos

Este impedimento involuntario designa, en hueco, un trabajo propio: el que consiste en **abrir los caminos que la incapacidad cierra**. Allí donde la relación está rota por falta de medios, este trabajo restablece la practicabilidad de la parte del lector —construye el receptor, ordena el

depósito, tiende el puente entre el dato y quien podría leerlo—. Y tiene un perímetro exacto, que pide ser nombrado: sirve a la practicabilidad de la lectura, remedia la incapacidad. No tiene vocación de forzar los secretos. El secreto pertenece a algo distinto de un remedio técnico, porque no es una restricción ciega sino una voluntad —y una voluntad no se resuelve como se resuelve una incapacidad—.

Esta distinción es paralela a la distinción fundadora de *La huella y el lector*: la huella es *causada*, el dato es *querido*. El impedimento involuntario es causado —restricción ciega, remediable—; el impedimento voluntario es querido —intención de cerrar, que no pertenece al remedio—. La legitimidad del trabajo de apertura de caminos depende de este reparto: actúa del lado de lo causado, allí donde falta un camino, no del lado de lo querido, allí donde una puerta se ha cerrado a propósito. *Este trabajo de apertura de caminos —que abre la vía a una artesanía del dato— será objeto de un tratamiento propio, fuera del presente tomo.*

Una parte deliberadamente abierta

Una parte de esta cuestión queda abierta, y su apertura misma es significativa. *Qué* restricciones pesan en una época, *qué* secretos guarda una sociedad, *qué* medios se da para abrir los caminos —eso el ensayo no puede zanjarlo en lugar de su lector—. El fondo plantea el marco: el transporte es una relación restringida, impedida de dos maneras, una de las cuales reclama un remedio y la otra no. La resolución efectiva —dónde situar el reparto entre el secreto legítimo y la incapacidad que hay que levantar, qué caminos abrir con prioridad— pertenece al presente de cada uno: es una apertura hacia la forma.

Parte IV — Lo que el transporte y la propagación iluminan

La irrigación

La red de imágenes del ensayo planteó el río —el flujo de lo real—, el canal —el flujo de observación—, la fuente —el punto estable donde lo real fluye lentamente, plantado por el hombre entre sus dos umbrales de percepción—. Este tomo añadió la espiral; la circulación invita a añadir una segunda imagen: la **irrigación**.

La irrigación es el arte de llevar el agua de donde fluye a donde es necesaria —el campo, el huerto, el arrozal—. Sin irrigación, por más que el canal estuviera cavado, el agua se quedaría en su lecho, sin fecundar lo que la necesitaría. La irrigación es la culminación del canal: lo que lo hace útil, aquello sin lo cual el cavado habría sido vano. Lo mismo ocurre con el dato: sin transporte, la inscripción está sola. Por bien construido que esté el flujo de observación, por bien situado que esté su óptimo, por

alta que sea su probidad —si no alimenta a nadie, queda sin efecto—. El transporte es lo que irriga la sociedad con los datos que produce.

Esta imagen dice también la dimensión política del transporte. La irrigación no es neutral: tiene sus beneficiarios y sus olvidados. Una política de irrigación decide quién será regado y quién quedará seco. Lo mismo ocurre con el transporte: quién se beneficia de él, quién soporta su costo, quién decide sus flujos —son cuestiones políticas, que se plantean en cuanto existe una asimetría entre los productores de inscripciones y los destinatarios posibles—. El problema político del dato empieza en la inscripción; se completa —o se agrava— en el transporte.

El contacto como esencia del transporte

Una última aclaración saca a la luz lo esencial. Puesto que el transporte es una relación entre dos desplazamientos, lo que lo define no es *quién* se desplaza hacia *quién* —el dato hacia el lector, o a la inversa—, sino el **contacto** que resulta de ello: el momento en que la parte de cada uno se ha hecho y el encuentro se ha vuelto practicable. Que el dato venga o que el lector vaya es secundario; lo primero es que las dos mitades del camino se junten y que un contacto se vuelva posible. El transporte es el establecimiento de ese contacto.

Y es por ahí por donde hay que dejarlo para lo que sigue del tomo. Una vez planteado que el transporte establece un contacto practicable, pueden examinarse las **propiedades** de este movimiento —su fidelidad, su duración, su singular capacidad de multiplicar lo que transporta—, y luego ver cómo, al acumularse y acelerarse, la propagación engendra el régimen que el ensayo ha llamado el torrente. Lo que sigue del tomo sigue este hilo. Pero no se olvidará el punto capital establecido aquí: al final del contacto mejor establecido, queda la parte del lector, que el transporte hace practicable sin cumplirla nunca.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el movimiento «privilegio → común» de las bibliotecas, la teoría de los comunes de Elinor Ostrom como trasfondo de la dimensión política del transporte—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; la carta, la biblioteca, la difusión masiva, la irrigación pertenecen al estatuto de las ilustraciones y de las imágenes rectoras. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: la cadena extendida y el flujo de observación, con la relación de lo elemental con lo agregado, a *Cavar el canal*; el dato inaccesible y los cuatro verbos de la duplicación, a *Los dos tiempos del dato*; la huella causada y el dato querido, a *La huella y el lector*; la historia de las bibliotecas, a *De la muesca al algoritmo*.

Este documento lleva, para la trilogía, cinco focos. El **transporte como relación entre dos desplazamientos** se demuestra aquí —el dato hacia el lector, el lector hacia el dato—, con su criterio de cumplimiento (la parte del dato hecha, la parte del lector vuelta practicable) y su esencia: el establecimiento de un contacto. El vocabulario de dos grados se fija aquí —el **transporte**, elemental; la **propagación**, agregado de los transportes acumulados—. La tesis «**propagar el dato no es propagar el conocimiento**» recibe aquí su demostración: la parte del lector no se transporta, y ningún perfeccionamiento del transporte la cumplirá en su lugar. El **impedimento de la relación** se reparte aquí —voluntario, el secreto; involuntario, la incapacidad— y el **trabajo de apertura de caminos** recibe aquí su perímetro: del lado de lo causado, no de lo querido. La imagen de la **irrigación**, por último, entra aquí en la red de las imágenes rectoras, con la dimensión política del transporte. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Las propiedades del movimiento

Fidelidad, duración, y el extraño poder de multiplicar los portadores de lo que se transporta

Tomo 2 — Documento 4

«Quien recibe de mí una idea recibe un saber sin disminuir el mío, como quien enciende su vela en la mía recibe la luz sin sumirme en la oscuridad.»

— Thomas Jefferson, carta a Isaac McPherson (1813)

Preámbulo — El transporte no es neutral

El documento anterior estableció qué es el transporte: una relación entre dos desplazamientos, cumplida cuando el dato ha hecho su parte y la parte del lector es practicable. Pero decir que un transporte ha tenido lugar no dice todavía *cómo* ha tenido lugar. Un transporte puede ser fiel o traidor, rápido o lento, conservador o multiplicador. Como la inscripción, el transporte tiene sus propiedades, y esas propiedades no son neutrales: deciden lo que llega al final del camino.

Cavar el canal había inventariado las propiedades del flujo de observación; el presente documento inventaría, con el mismo espíritu, las del transporte. Tres retienen la atención, porque gobiernan todo lo que sigue del tomo: el transporte tiene su **fidelidad**, tiene su **temporalidad**, y **multiplica**. La tercera es la más singular, y es por ella por donde el movimiento del dato se separa más nítidamente del movimiento de los objetos.

Parte I — La fidelidad del transporte

Una fidelidad distinta de la de la inscripción

Un transporte puede ser más o menos fiel. Una copia puede ser exacta o aproximada, una traducción justa o traidora, una transcripción rigurosa o errónea. En cada etapa —cada soporte intermedio, cada conversión, cada nueva copia—, el dato corre el riesgo de una alteración.

Esta fidelidad del transporte es distinta de la fidelidad de la inscripción, que *Cavar el canal* había planteado como una de las variables del óptimo observacional, con el nombre de probidad. La inscripción puede ser perfectamente fiel a su flujo de observación, y el transporte degradar después esa inscripción: el dato justo, mal transportado, llega falseado. A la inversa, una inscripción aproximada puede transportarse de manera idéntica, sin que el transporte le añada ningún error: la fidelidad del transporte no corrige la infidelidad de la inscripción, se limita a no agravarla. Las dos fidelidades son independientes, y hay que juzgarlas por separado. Preguntar si un dato es fiel es, en realidad, plantear dos preguntas: a qué ha sido fiel su toma, y si ha sido encaminado fielmente.

Los cinco planos de la fidelidad

Pero «encaminado fielmente» sigue siendo una respuesta demasiado corta, porque la fidelidad del transporte no es una cantidad única: se juzga plano por plano. En cada etapa, la pregunta rectora es la misma: **¿qué es invariante?** Y se plantea en cinco planos. El plano **físico** —el estado material de la señal: ¿resiste el soporte?, ¿sigue llevándola la onda?—. El plano **sintáctico** —la serie de los signos: los caracteres, los bits, lo que una copia exacta reproduce de manera idéntica—. El plano **estructural** —la organización: el orden de las partes, los vínculos, el esquema que las articula—. El plano **semántico** —lo que el dato enuncia: la proposición, lo que una traducción justa preserva cambiando todos los signos—. El plano **pragmático** —lo que el dato permite hacer: su aptitud para el uso, que puede perderse aunque todo lo demás resista—.

Estos cinco planos no varían juntos, y es lo que hace fecunda la pregunta. Una copia digital es invariante hasta el plano sintáctico y puede, sin embargo, perder el plano pragmático —el archivo intacto que ya ninguna interfaz sabe abrir—. Una traducción trastoca el plano sintáctico y preserva, si es justa, el plano semántico —es incluso su definición—. Una condensación sacrifica parte de la estructura para conservar lo esencial del sentido. Decir de un transporte que es fiel sin decir en qué plano es no decir nada preciso: la copia exacta o aproximada, la traducción justa o traidora, la transcripción rigurosa o errónea —todos los casos que abren esta parte se resuelven mediante la pregunta del invariante—.

El óptimo de transporte

Existe probablemente un **óptimo de transporte**, a imagen del óptimo observacional establecido en *Cavar el canal* —que ya contaba el transporte entre los costos que había que arbitrar—. La fidelidad íntegra no siempre es la meta: hay un punto en el que la fidelidad es suficiente para el uso —en el que los planos que el uso requiere quedan preservados, sin exigir la invariancia de todos allí donde no sirve de nada—.

Una transcripción taquigráfica de un discurso técnico exige una gran fidelidad, porque cada término cuenta. El artículo que da cuenta de un descubrimiento al gran público puede estar muy condensado sin perjudicar a su objeto —a condición de ser honesto sobre su propia condensación—. El buen transporte no es, pues, el transporte íntegro: es el transporte que sirve a su destinatario sin engañarlo. Transportarlo todo, siempre, con la más alta resolución, sería para la fidelidad de transporte lo que la sobreingeniería era para la observación: un costo comprometido sin beneficio, a veces en detrimento de la claridad.

La probidad de transporte reside precisamente ahí: no en la promesa imposible de una fidelidad absoluta, sino en la honestidad sobre la parte que se ha condensado. Una condensación declarada sirve; una condensación oculta engaña. Es la versión, en la vertiente del movimiento, de la probidad de la toma que *Cavar el canal* exigía de la inscripción.

Parte II — La temporalidad del transporte

Todo transporte lleva tiempo

Todo transporte lleva tiempo. Ese tiempo puede ser despreciable —una señal entre dos componentes vecinos— o considerable —un manuscrito que viaja durante meses—. Pero nunca es nulo. Ningún transporte es instantáneo en sentido estricto; el más rápido sigue teniendo una duración, aunque sea imperceptible.

Ahora bien, mientras el dato viaja, el flujo de lo real sigue fluyendo. *El dato navega porque está fijado* lo estableció: las dos navegaciones corren juntas, y el trayecto añade al envejecimiento de origen su propio envejecimiento —el transporte es él mismo una causa de caducidad—. Lo que el presente documento añade se refiere a la duración misma: mientras es sensible, se ve; es cuando desaparece cuando más actúa.

La desaparición de la demora y el aviso que llevaba

Cavar el canal había identificado un salto sistémico en la instantaneidad de la transmisión, y *El dato navega porque está fijado* midió su naturaleza: la duración propia del trayecto pasó por debajo del umbral de la percepción,

y con ella el envejecimiento de transporte. He aquí lo que esta desaparición produce, y que la aceleración sola no explica.

Mientras el transporte tenía una duración sensible, cada cual sabía, al recibir un dato, que había envejecido por el camino —la carta traía noticias ya antiguas, y se tenía en cuenta—. La demora no era solo una molestia: era un **aviso**, llevado por la forma misma del transporte. La transmisión casi instantánea borra la demora y, con ella, el aviso. El dato parece llegar del presente mismo —cuando suprimir el envejecimiento de transporte no suprime el envejecimiento de origen: un dato antiguo transmitido instantáneamente sigue siendo antiguo—. La instantaneidad hace desaparecer la única demora que podía hacer desaparecer, y enmascara con ello la demora que no toca: la frescura de transporte puede hacerse pasar por una frescura de origen que no existe.

Parte III — El transporte multiplica

Transportar un dato no lo desplaza: multiplica sus portadores

He aquí la propiedad más singular del dato con respecto a los objetos materiales. Cuando se transporta un objeto, este abandona su lugar de origen: está aquí o está allí, nunca en los dos. Cuando se transporta un dato —en el modo duplicativo, caso dominante del dato digital y ya, en parte, del dato escrito copiado o impreso, a diferencia del desplazamiento de un soporte portador, carta o tablilla, en el que el mismo ejemplar cambia de lugar—, la inscripción de origen permanece donde estaba. El transporte, en este caso, no desplaza: **multiplica**.

Esta propiedad vuelve a enlazar con la regla que *Los dos tiempos del dato* fijó en cuatro verbos: el acto se conserva, la inscripción se duplica, los portadores se multiplican, el dato se comparte. Este documento cumple la promesa que acompañaba esa regla: dar sus nombres a la estructura, y establecer su mecánica —**lo que se cuenta cuando se copia, lo que sigue siendo uno**—.

Lo que se cuenta y lo que permanece: el ejemplar y el dato de origen

Lo que se cuenta, cuando se copia, son **ejemplares**: la inscripción singular de un dato en un soporte, en un lugar, en un instante. El manuscrito en su estante es un ejemplar; su copia en el estante vecino es un segundo ejemplar; el archivo en cada máquina, uno más. Transmitir multiplica los ejemplares —y un ejemplar ya producido no se tacha: la revisión no borra la inscripción, produce una nueva—.

Lo que sigue siendo uno es el **dato de origen**: lo que el acto de inscripción hizo nacer y que toda copia instancia. Se identifica por su origen —qué

acto, sobre qué fragmento de lo real, bajo qué criterios— y no por el número de sus portadores. Los ejemplares se multiplican; el dato de origen sigue siendo uno. Es la copia sin división, vista ahora desde los dos lados: del lado del soporte, inscripciones que se cuentan; del lado del acto, una toma fechada que no tiene más razón para desdoblarse cuando se la copia de nuevo que un acontecimiento para repetirse cuando se cuenta dos veces.

La fórmula habitual «las dos copias son el mismo dato» recibe aquí su precisión. Es defendible si significa: dos ejemplares realizan el mismo dato de origen. Se vuelve falsa si pretende que solo existe un objeto material —hay de verdad dos inscripciones, en dos soportes, que todo inventario contaría—. Y el criterio funciona en los dos sentidos: dos registros que llevan el mismo valor pueden ser dos datos, si han nacido de dos actos distintos —dos sensores que miden la misma temperatura en el mismo instante producen dos tomas, no una sola—; dos archivos diferentes pueden realizar el mismo dato, si son las copias fieles de una misma inscripción. La identidad del dato no se lee ni en el valor ni en el soporte: se lee en el origen.

Copia contra filiación

No todo lo que circula es, sin embargo, copia. Corregir un valor erróneo, traducir un texto, agregar mil registros en una media, resumir un informe, inferir una estimación: estas operaciones producen, a partir de un dato progenitor, un dato **nuevo** —descendiente, no copia—. La copia multiplica los ejemplares de un mismo dato; la transformación abre una **filiación**: una descendencia de datos, cada uno nacido del anterior por una operación que ha cambiado algo —el contenido, el estatuto, el objeto apuntado, el régimen de validez—.

La frontera entre las dos no es natural, y es un punto que este tomo debe legar con cuidado: se define por los invariantes que se pretende preservar. Los cinco planos de la fidelidad dan la pregunta que permite decidir. Una conversión que preserva los planos que el uso requiere sigue siendo copia —fiel en lo que importa, desplazada en lo demás—; una operación que altera uno de esos planos —el sentido condensado, la estructura refundida, la aptitud cambiada— engendra un descendiente. La traducción es su caso de manual: trastoca todos los signos y preserva, si es justa, la proposición; copia o descendiente, eso depende de los invariantes que una práctica declara mantener. En una línea: **la copia fiel mantiene, la conversión desplaza, la derivación engendra**. El dato derivado, cuyo género planteó *El flujo y la anotación*, recibe aquí su mecánica: todo derivado abre una filiación —y solo es derivación la operación que altera un invariante declarado, pues la conversión fiel no produce más que un ejemplar nuevo del mismo dato—.

La procedencia, constitutiva

Queda por nombrar lo que mantiene unido el conjunto. Si la identidad del dato se lee en el origen, y si la filiación es una descendencia, entonces el dato debe poder decir de qué fábrica viene: de qué acto nació, por qué operaciones y por qué manos ha pasado. Es su **procedencia**. No es un ornamento erudito que se añadiría a los datos importantes: es **constitutiva**. Sin ella, la identidad pierde pie —ya no hay manera de decir si dos ejemplares realizan el mismo dato, si tal registro es copia o descendiente— y la imputabilidad pierde pie con ella: ya no hay manera de decir quién responde de qué. Para un derivado, la procedencia incluye el modelo y los datos progenitores: decir de dónde viene una media es decir de qué registros, y mediante qué cálculo.

La identidad del dato es, pues, **estratificada**, y sus estratos son históricos: un acto de origen, que hace el dato; ejemplares, que se cuentan; una filiación, cuando la transformación engendra; una procedencia, que documenta el todo. La copia multiplica los ejemplares, la transformación engendra una filiación, la procedencia mantiene unido el conjunto: he aquí, nombrada pieza a pieza, la mecánica del compartir sin desposesión que *El acto de intercambio* anunciaba.

Por qué esta propiedad desconcierta a los marcos heredados

Esta propiedad no es un detalle. Es lo que hace que el dato sea tan difícil de pensar en los marcos heredados del derecho de propiedad sobre los objetos. Un robo material priva al propietario de su bien; una copia solo lo priva de la exclusividad —y se ve ahora por qué, con los nombres de este documento: lo que se posee es un ejemplar; el dato, identificado por su acto y no por sus portadores, no es el tipo de cosa que una posesión agota—. *El flujo y la anotación* lo había presentado al distinguir la propiedad de la *toma* de la inapropiabilidad del *flujo*, y planteó el perímetro que basta aquí: la no rivalidad es ontológica, los regímenes jurídicos se discuten en su orden. Un marco concebido para objetos que se desplazan sin multiplicarse estará siempre en falso ante una entidad que se comparte sin cederse.

Los tres ejes de la duplicación

La duplicación, que está así en el centro del transporte, puede caracterizarse según tres ejes, que miden sus cualidades y permiten comparar sus formas.

El **costo**: lo que la copia exige en medios, en energía, en tiempo de fabricación. Ha decrecido a lo largo de las técnicas, hasta volverse, para el dato digital, tan bajo que se lo desprecia —sin razón, porque nunca es nulo—.

La **velocidad**: la rapidez con la que una copia se produce y se encamina. Governa el envejecimiento de transporte examinado más arriba: cuanto más rápida es la duplicación, menos ha envejecido la copia por el camino.

La **fidelidad**: el grado en que la copia reproduce el original —plano por plano, como lo estableció la primera parte—. La duplicación digital alcanza la invariancia hasta el signo —la copia es estrictamente idéntica—, allí donde la copia manual introducía diferencias en cada etapa.

Estos tres ejes no varían juntos. Una copia puede ser fiel pero lenta, rápida pero costosa, barata pero infiel. Caracterizar una forma de transporte es situar su duplicación en estos tres ejes. Y es su conjunción —costo casi nulo, velocidad casi instantánea, fidelidad perfecta— lo que define el régimen contemporáneo de la duplicación, y prepara el terreno del torrente.

Parte IV — Lo que estas propiedades anuncian

La difusión potencialmente ilimitada

De la multiplicación se sigue una consecuencia que los documentos siguientes desplegarán. Allí donde un transporte material es un acto de desplazamiento *finito* —un bien va de un punto único hacia un punto único—, el transporte de un dato por copia abre la **indefinición del número de destinatarios**. Una vez transmitido una primera vez, el dato puede serlo de nuevo, y otra vez más, sin costo marginal proporcionado. El transporte del dato es, por construcción, un acto de difusión potencial.

Es esta propiedad la que hace posibles las grandes difusiones y los comunes abiertos; es también ella la que hace difíciles de contener las filtraciones y los usos abusivos. Para bien y para mal, el dato transportado es un dato con portadores potencialmente multiplicados. El gesto de intercambio, que decidía un transporte, compromete en realidad una difusión cuyos límites no controla —y se mide aquí todo el alcance de la responsabilidad de la **puesta en circulación**, que *El acto de intercambio* estableció—.

Del movimiento a su estabilidad aparente

Las propiedades inventariadas aquí —fidelidad variable, envejecimiento de transporte, multiplicación— describen el movimiento del dato de un lugar a otro. Pero existe un caso que estas propiedades iluminan por contraste: el de los datos que parecen no moverse, las fuentes estables, las referencias que se consultan sin que parezcan envejecer. ¿Cómo puede un dato parecer inmóvil cuando lo real no deja de girar a su alrededor? Es el objeto del documento siguiente: navegar en el sitio —la estabilidad aparente como una cierta relación entre la velocidad de uso y la velocidad de caducidad—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —la carta de Jefferson a McPherson en epígrafe, la propiedad de duplicación del dato, la distinción entre propiedad de la toma e inapropiabilidad del flujo—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; la taquigrafía, el artículo de prensa, el manuscrito, la copia digital pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: el óptimo observacional, la probidad de la toma, el salto sistémico y las propiedades del flujo de observación, a *Cavar el canal*; los cuatro verbos de la duplicación y la copia sin división, a *Los dos tiempos del dato*; las dos navegaciones y el reparto de los dos envejecimientos, a *El dato navega porque está fijado*; el género del dato derivado y el perímetro de la no rivalidad, a *El flujo y la anotación*; la responsabilidad de la puesta en circulación, a *El acto de intercambio*.

Este documento lleva, para la trilogía, el foco de la **identidad estratificada**. El **dato de origen** y el **ejemplar** reciben aquí sus nombres —lo que sigue siendo uno, lo que se cuenta—, con la precisión de «las dos copias son el mismo dato» y la revisión como inscripción nueva. **Copia contra filiación** se deslinda aquí —la copia fiel mantiene, la conversión desplaza, la derivación engendra—, y la frontera se define por los invariantes que una práctica pretende preservar; el dato derivado recibe aquí su mecánica. La **procedencia** se establece aquí como **constitutiva**: sin ella, la identidad y la imputabilidad pierden pie; para un derivado, incluye el modelo y los datos progenitores. Los **cinco planos de la fidelidad** se fijan aquí —físico, sintáctico, estructural, semántico, pragmático, bajo la pregunta rectora del invariante— con el **óptimo de transporte** y la probidad de la condensación declarada. La temporalidad entrega aquí el aporte propio del documento —la demora sensible llevaba un aviso, que la instantaneidad borra— y los **tres ejes de la duplicación** (costo, velocidad, fidelidad), con la **difusión potencial**, preparan los documentos que siguen. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Navegar en el sitio

Las fuentes estables, o el dato que parece inmóvil porque lo real fluye lentamente

Tomo 2 — Documento 5

Preámbulo — La ilusión de lo inmóvil

El dato navega porque está fijado planteó la doble navegación —el viaje en el espacio, llevado por un soporte; lo real que se aleja girando en torno al punto marcado—, y los documentos siguientes examinaron el desencadenamiento del movimiento, su estructura, sus propiedades. Queda un caso que parece escapar a toda navegación: el de los datos que se consultan como puntos de apoyo seguros, y que parecen no moverse. La tabla de un saber constituido, una constante física, el mapa de un territorio, un diccionario: se consultan hoy como ayer, y parecen decir lo mismo. Parecen **inmóviles**.

Esta inmovilidad es una ilusión, y disiparla ilumina de rebote todo el movimiento del dato. Ningún dato escapa a la navegación temporal; *Los dos tiempos del dato* lo estableció sin excepción: desde el instante de la inscripción, lo real empieza a alejarse del punto marcado. Si ciertos datos parecen estables, no es porque lo real no se aleje de ellos —es porque se aleja tan lentamente, *en relación con el uso que se hace de ellos*, que la deriva es imperceptible a la escala de ese uso—. La estabilidad no es la ausencia de movimiento; es una cierta relación entre dos velocidades.

Parte I — La estabilidad como relación de velocidades

Dos velocidades en presencia

La primera velocidad es un resultado adquirido: la caducidad es una relación entre un dato inmóvil y lo real en movimiento, y su velocidad

no es una propiedad del dato —es la del fragmento de lo real del que se extrajo (*Los dos tiempos del dato*)—.

A esta primera velocidad —la de la caducidad, impuesta por lo real— el presente documento añade una segunda: la **velocidad de uso**, la frecuencia y la escala de tiempo a las que se utiliza el dato. Se consulta un diccionario varias veces al día, pero el sentido de las palabras se desplaza a lo largo de décadas. Se consulta una constante física constantemente, pero su valor establecido no se mueve a la escala de una vida. La **estabilidad aparente** nace del encuentro de estas dos velocidades: es una cierta relación entre la velocidad de uso y la velocidad de caducidad —un dato parece estable cuando su velocidad de caducidad es muy inferior a su velocidad de uso, cuando lo real que toma se aleja mucho más lentamente de lo que se lo utiliza—.

Por qué el mismo dato es estable aquí, fugaz allí

Esta relación de velocidades explica por qué un mismo dato puede tenerse por estable en un uso y por fugaz en otro. La posición de una costa es un dato estable para el paseante que se orienta de una semana a otra; es un dato fugaz para el geomorfológico que estudia la erosión a lo largo del siglo. Nada ha cambiado en el dato: es la escala del uso la que ha cambiado, y con ella la relación entre las dos velocidades. La estabilidad nunca es, pues, absoluta; es siempre relativa a un uso —en el sentido mismo en que la validez es validez *para un uso* (*Los dos tiempos del dato*)—, y es el uso el que fija la escala a la que se mira.

Por eso hablar de «datos estables» en sí es tan engañoso como hablar de «datos brutos» —el oxímoron que *El flujo y la anotación* deshizo—: eso atribuye al dato una propiedad que pertenece en realidad a la relación entre él y el uso que se hace de él. *Los dos tiempos del dato* estableció la fuente estable —ese fragmento de lo real cuya caducidad es tan lenta que puede tenerse, a la escala del uso, por despreciable—, y es ahí donde el hombre, entre su umbral de lo instantáneo y su umbral de lo eterno, *planta sus fuentes*. El presente documento solo da su traducción en velocidades: una fuente estable es una fuente de la que lo real se aleja con la lentitud suficiente para el uso al que se la destina, no una fuente sustraída al fluir; y plantar una fuente es elegir, en el flujo, un punto cuya deriva es lo bastante lenta para que uno pueda apoyarse en él.

Parte II — Navegar en el sitio

El movimiento de quien consulta

Se puede comprender entonces lo que significa «navegar en el sitio». Cuando se vuelve a consultar una fuente estable, no se la desplaza —permanece donde está, y *Transporte y propagación* lo estableció: un dato

puesto a disposición ha hecho su parte del transporte—. Somos nosotros quienes nos desplazamos hacia ella, una y otra vez. La fuente estable es el caso límite de la relación entre los dos desplazamientos en el que todo el peso está del lado del lector: el dato no se mueve, es el lector quien, en cada uso, rehace el camino hacia él.

Pero mientras el lector navega así hacia la fuente, lo real sigue girando en torno al dato. El lector vuelve al mismo punto; el punto, imperceptiblemente, ya no está del todo en el mismo lugar del flujo. «Navegar en el sitio» es eso: volver hacia un dato que se cree inmóvil, mientras lo real se ha desplazado lentamente en torno a él. El movimiento no está en el dato que se consulta, ni en el lector que vuelve a él; está en la brecha, que se ahonda sin ruido, entre lo que el dato decía en su inscripción y lo que dice lo real presente.

El peligro propio de las fuentes estables

De ahí viene un peligro propio de estas fuentes, que es el reverso de su virtud. Su virtud es que uno puede apoyarse en ellas sin temer una deriva rápida. Su peligro es que se acaba olvidando que están sujetas a la deriva. Un dato manifiestamente fugaz lleva consigo el aviso de su frescura: nadie decide sobre el presente con la cotización bursátil de hace diez años. Pero un dato tenido por estable se presta al olvido de su propia navegación temporal: se lo consulta durante años como si siguiera diciendo el presente, hasta el día en que la deriva acumulada lo vuelve engañoso sin que nada, en su superficie, lo haya señalado.

El dato vencido se trata entonces como fresco. Las fuentes estables son su terreno predilecto, precisamente porque su deriva es lenta y silenciosa. La probidad del lector —límite de este tomo, que sin embargo hay que nombrar— consistiría en saber, cada vez que se apoya en una fuente estable, desde cuándo lo real ha abandonado el punto que ella marca: la vigilancia que *Los dos tiempos del dato* pedía para todo dato vale aquí redoblada, porque nada, en la superficie de una fuente estable, la recuerda. El tomo se limita a plantear la relación de velocidades que hace necesaria esa vigilancia; lo que el lector haga con ella le pertenece.

Parte III — Lo que las fuentes estables iluminan

No hay fuera-del-flujo

La lección de fondo es que no existe ningún fuera-del-flujo. El primer tomo había combatido la idea de que el dato sería un objeto sustraído al tiempo; el presente documento combate su último refugio: la idea de que habría, al menos, ciertos datos —los más establecidos, los más seguros— que habrían salido de la corriente. No los hay. Las fuentes más estables están sujetas a la deriva como las demás; lo real solo se aleja de ellas

más lentamente. Su estabilidad es un régimen de la navegación, no una excepción a ella.

Esta ausencia de fuera-del-flujo prepara el concepto central del final del tomo. Porque si incluso las fuentes más lentas están sujetas a la deriva, entonces la aceleración general de la producción de datos no deja nada intacto: no se limita a multiplicar los datos fugaces, acelera también, por contagio, lo real que las fuentes estables tomaban lentamente. Cuando lo real mismo es puesto en movimiento por la acción humana —lo que el tomo llamará pronto el régimen «lo real-marcado-por-nosotros»—, las fuentes que eran estables porque su realidad se alejaba lentamente pierden una parte de su estabilidad: su realidad, en adelante, se aleja más deprisa. La estabilidad, que era una relación de velocidades, se degrada cuando una de las dos velocidades se dispara.

Hacia el torrente

El tomo ha establecido ya todo lo necesario para pensar el torrente. Ha planteado que el dato navega porque está fijado, que un acto de intercambio desencadena su transporte, que el transporte es una relación entre dos desplazamientos cuyo agregado es la propagación, que este movimiento tiene sus propiedades —entre ellas la multiplicación—, y que ningún dato, ni siquiera el más estable, escapa a la navegación temporal. Queda por ver lo que sucede cuando este movimiento, en todas sus dimensiones, se acelera hasta cambiar de régimen. Es el momento que el primer tomo llamó el torrente (*La ola y el océano*), y es el objeto de los tres últimos documentos del tomo.

Hitos

Este documento no moviliza referencias externas propias; el repertorio de referencias del tomo permanece en la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el diccionario, la constante física, el mapa de un territorio, la costa vista por el paseante y por el geomorfólogo pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: la caducidad como relación entre un dato inmóvil y lo real en movimiento, la velocidad del fragmento de lo real, la fuente estable y los dos umbrales entre los que el hombre planta sus fuentes, así como la validez para un uso, a *Los dos tiempos del dato*; el oxímoron de los «datos brutos», a *El flujo y la anotación*; el transporte como relación entre dos desplazamientos y el dato puesto a disposición que ha hecho su parte, a *Transporte y propagación*; el escollo del dato vencido tratado como fresco, a *La ola y el océano*; la doble navegación y la espiral de lo real en torno al punto marcado, a *El dato navega porque está fijado*.

Este documento lleva, para la trilogía, el foco de la **estabilidad aparente**: una cierta relación entre la velocidad de uso y la velocidad de caducidad —la fuente estable traducida en velocidades, nunca sustraída al fluir—. **Navegar en el sitio** recibe aquí su sentido: el lector rehace el camino hacia un dato inmóvil mientras lo real se desplaza en torno a él, y el movimiento está en la brecha, que se ahonda sin ruido. La **degradación de la estabilidad** se establece aquí: cuando la acción humana acelera lo real, una de las dos velocidades se dispara y las fuentes estables pierden una parte de su base —el puente hacia el torrente—. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

El torrente

Definición de un régimen, y por qué lleva nuestra firma

Tomo 2 — Documento 6

«Nos ahogamos en la información, pero estamos hambrientos de conocimiento.»

— John Naisbitt, *Megatrends* (1982)

Preámbulo — Volver al torrente, pero fundarlo

El primer tomo terminó con una imagen: el torrente —agua viva, una riqueza, una fuerza; y lo que puede arrastrar, ahogar, escapar (*La ola y el océano*)—. La humanidad ya no graba muescas; mantiene de forma permanente flujos de observación innumerables: la palabra designaba ese momento, y el primer tomo advertía que su teoría —los caudales, la cola— sería asunto del tomo del movimiento.

Este documento vuelve a la imagen, pero ya no se limita a nombrarla: la **fundamenta** en todo lo que el tomo ha establecido. El torrente ya no es una metáfora de apertura; es en adelante un concepto que la doble navegación, el acto de intercambio, la propagación y las propiedades del movimiento permiten definir con precisión. Y esta definición hace aparecer un punto que la imagen sola dejaba en la sombra: el torrente no es una crecida que se impondría desde fuera. Lleva nuestra firma.

Parte I — Definición técnica del torrente

Lo que distingue el torrente del flujo

El flujo de lo real fluye por sí mismo; nadie lo produce. El flujo de observación lo construye el hombre, pero cada flujo considerado aisladamente sigue siendo mesurado, encuadrado por una intención. El torrente es otra cosa: es el **régimen** que alcanza la circulación del dato cuando la multitud de los flujos de observación, su transporte y su propagación se aceleran y se agregan hasta el punto de que el caudal de conjunto cambia de naturaleza.

El torrente se define por la conjunción de varios rasgos que el tomo ha aislado uno por uno. Está, en primer lugar, la **multiplicidad** de los flujos de observación mantenidos de forma permanente —ya no tomas puntuales, sino canales innumerables que captan un fluir continuo—. Está, después, la **velocidad** del transporte, llevada hasta la casi instantaneidad, que suprime el envejecimiento de transporte y hace llegar los datos como si salieran del presente. Está, por último, la **multiplicación** por copia, que abre la indefinición del número de destinatarios y multiplica los portadores de cada dato sin costo proporcionado. Multiplicidad de las fuentes, velocidad del transporte, multiplicación por copia: el primero de estos rasgos es un resultado adquirido del primer tomo (*Cavar el canal*); los otros dos, del presente tomo (*El dato navega porque está fijado*; *Las propiedades del movimiento*, que sopesaba su conjunción —costo casi nulo, velocidad casi instantánea, fidelidad perfecta— y anunciaba preparado el terreno del torrente). Juntos, definen el torrente.

El torrente no es un acervo

Hay que descartar un error, el que *La ola* y *el océano* descartaba de antemano al definir el torrente como un caudal: el torrente no es un acervo que se acumularía. El dato no es un objeto sino una toma (*El flujo y la anotación*); el torrente no es, pues, una reserva que crece, sino una multitud de tomas en movimiento sobre una realidad que sigue fluyendo. Creer que el torrente es un acervo es volver a caer en la ontología objetual que todo el ensayo ha deshecho. El torrente no se amontona: circula. Y lo que circula envejece mientras circula, se multiplica al propagarse, y excede, a medida que avanza, lo que ninguna ventana puede recibir de él.

Por eso almacenar no es saber, y acumular no es comprender. El torrente puede crecer indefinidamente sin que ningún conocimiento crezca en proporción —porque propagar el dato no es propagar el conocimiento (*Transporte y propagación*): este exige la parte del lector, que el torrente no proporciona—. Un torrente es una masa de datos en circulación, no una masa de saber.

El desajuste de las cadencias

Exceder lo que una ventana puede recibir: la fórmula dice el hecho; no da todavía su estructura. La definición técnica del régimen cabe en un **desajuste**. Cuatro cadencias corren juntas en toda circulación: la de la **producción** —lo que llega—; la de la **selección** —lo que una regla retiene—; la del **tratamiento** —lo que una capacidad de lectura puede absorber—; la del **plazo** —el tiempo más allá del cual un elemento pierde su valor para el uso apuntado—. Mientras estas cadencias siguen siendo conmensurables, la circulación las absorbe; el torrente es el régimen en el que se desajustan de forma duradera. Lo que llega excede lo que se trata, y la espera se alarga mientras el plazo se acerca: se forma una **cola** —no una reserva que se amontona, sino una espera que se alarga—. Su medida es asunto del aparato y vive en el volumen de arquitectura; la prosa solo necesita la estructura.

Esta cola es el lugar exacto en el que la suma de las dos navegaciones, planteada en la apertura del tomo, constituye todo el problema anunciado (*El dato navega porque está fijado*); mientras un elemento espera ser leído, lo real sigue alejándose de él. La espera es un envejecimiento; el torrente hace envejecer en la cola lo que hace llegar fresco.

Los siete desenlaces de la cola

¿Qué es de un elemento que ha entrado en la cola? El torrente descompuesto son sus desenlaces —siete, que la prosa puede nombrar sin su aparato—. El **retraso acumulado**: el elemento será leído, pero más tarde de lo que habría hecho falta. La **expiración en cola**: el plazo pasa antes de la lectura —vencido para su uso sin haber sido leído—. El **rechazo explícito**: una regla lo descarta, y el descarte queda documentado. La **pérdida silenciosa**: el elemento cae sin que nada lo registre —el único desenlace que no deja procedencia—. La **agregación**: varios elementos reducidos a un grano sintético que los resume. La **priorización**: el orden de espera reordenado según una regla —algunos pasan delante, los demás esperarán otro tanto—. La **delegación**: el tratamiento confiado a otro lector, humano o autómatas, que desplaza la cola sin suprimirla.

Estos desenlaces no son ontológicamente equivalentes, y es aquí donde la ontología del tomo preserva el torrente de las falsas resoluciones. Un dato en espera no se convierte en huella: sigue constituido, simplemente no leído —no actualizado, dirá el tomo del lector—. Un dato rechazado sigue siendo un dato: el rechazo es una decisión de uso, no un cambio de ser. Un dato expirado para un uso puede seguir siendo válido para otro —la validez es validez *para un uso* (*Los dos tiempos del dato*)—: vencido para la alerta, exacto para la historia. Y la agregación no es una pérdida: engendra un derivado, dotado de su filiación y de su procedencia (*Las propiedades del movimiento*).

Los cinco caudales

Queda lo que el desajuste, por sí solo, no dice. El torrente no establece la bondad de lo que llega; establece una **incompatibilidad de cadencia**. Para pensarla sin moralizarla, hay que distinguir cinco caudales que el uso confunde. El caudal **bruto**: todo lo que llega. El caudal **pertinente**: lo que, en el bruto, concierne al uso apuntado. El caudal **prioritario**: lo que la regla coloca a la cabeza de la cola. El caudal **tratable**: lo que la capacidad de lectura puede absorber dentro del plazo. El caudal **efectivamente leído**: lo que un lector actualiza. En el régimen del torrente, estos cinco caudales nunca coinciden, y la diferencia entre el primero y el último es la medida misma del problema.

Entre el bruto y lo leído opera una regla —selecciona, ordena, agrega, rechaza—: es la regla que transforma el caudal bruto en caudal **presentado** al lector. Esta regla no es una propiedad del torrente; es una **decisión** —política en sentido propio: arbitra lo que se pondrá ante unos ojos y lo que esperará, se agregará, expirará o caerá—. Quién decide, y en calidad de qué: es lo que establece el resto del documento —el torrente lleva nuestra firma hasta en sus reglas de presentación—.

Parte II — El torrente como régimen de lo real marcado por nosotros

Una sola realidad, dos regímenes

He aquí el punto que la imagen sola dejaba en la sombra, y que debe atravesar todo lo que queda del tomo sin diluirse. Uno estaría tentado de oponer dos flujos: uno natural y puro, el flujo de lo real; el otro artificial, el torrente de datos. Esta oposición es falsa, y corregirla es decisivo.

Solo hay una realidad que fluye. *La ola y el océano* lo estableció: el hombre no observa el flujo desde una orilla exterior —es una porción de él, que se ha vuelto capaz de leer las demás, y la ola está hecha del agua del océano—. Lo que el hombre produce —el torrente— es, pues, también flujo de lo real; no es otra sustancia.

La distinción justa no es *real / artefacto*, sino **lo real-sin-nosotros / lo real-marcado-por-nosotros**: una sola realidad, dos regímenes, según que la acción humana esté inscrita en ella o no. El torrente no es lo que el flujo de lo real habría producido si el hombre no hubiera actuado. Es, en el flujo de lo real, la **resultante del impacto del hombre** —la parte del flujo que lleva la firma de la acción humana—. Distinguirlo de manera contrafáctica, por lo que no sería sin nosotros, es vincularlo a lo real sin naturalizarlo.

La velocidad, la hemos puesto nosotros

De ahí se sigue directamente la responsabilidad, y es la consecuencia capital de este documento. **No se puede decir «lo real va demasiado deprisa» como se diría «llueve».** La lluvia la padecemos; la velocidad del torrente, la hemos puesto nosotros. La velocidad del flujo de datos —y, por tanto, del flujo de lo real sobre el que este torrente impacta a su vez— es responsabilidad del hombre.

Esta salvaguarda impide naturalizar el torrente. Una crecida natural se impone desde fuera, y nadie responde de ella; el torrente, en cambio, lo cavan nuestros propios actos —de inscripción, de intercambio, de propagación—. Tiene un responsable: quien lo alimenta. Eso no significa que un individuo lo gobierne; significa que es nuestra resultante colectiva, y que no podemos declararnos ni su autor único ni su víctima inocente. El torrente es nuestro, no como una propiedad, sino como una responsabilidad.

Esta responsabilidad prolonga un hilo de *El dato navega porque está fijado*. La navegación temporal, decíamos allí, tiene su fuente en un fluir que nadie gobierna —pero el hombre no es por ello pasivo, puesto que impacta en lo real—. El torrente es precisamente el lugar donde ese impacto se vuelve masivo —al menos así lo sostiene el tomo mediante argumentos, no mediante mediciones—: al acelerar el flujo de datos, el hombre acelera lo real que marca, y por tanto la velocidad a la que esa realidad se aleja de cada dato tomado. Allí donde aceleramos así lo real, la caducidad se acelera con él. Es una razón más para no naturalizar el torrente: no solo lo producimos, sino que al producirlo precipitamos el envejecimiento de lo que acarrea.

Esta responsabilidad tiene una consecuencia que los documentos siguientes desplegarán. Si el torrente fuera natural, la única actitud sensata sería protegerse de él como de una inclemencia del tiempo. Porque es nuestro, otra actitud se vuelve posible —y exigible—: responder de él. El documento siguiente mostrará cómo el torrente se cava a sí mismo, mediante un bucle en el que cada paso es razonable y cuya suma no lo es; y el último documento del tomo llevará esta responsabilidad hasta el umbral en el que la circulación produce más de lo que ninguna ventana puede recibir.

Parte III — Lo que el concepto de torrente ilumina

Los escollos, señalados y no descritos

La regla se plantea en el prefacio de la edición —el concepto es una lámpara: señala los escollos, la carta detallada de los arrecifes corresponde al lector—, y *La ola y el océano* reunió los escollos del ensayo. El presente documento mantiene la regla y no añade nada a la lista:

muestra cómo el torrente, en cuanto régimen, **modula** tres escollos ya señalados.

El escollo de la confusión entre el dato y lo real: cuanto más ancho y fluido es el torrente, más se parece al río, y más se olvida que no es más que un canal de él —multiplicado—. El escollo del dato vencido tratado como fresco: la casi instantaneidad del transporte enmascara el envejecimiento de origen bajo la frescura de transporte —el aviso de la demora, borrado (*Las propiedades del movimiento*)—, y un torrente de datos con frescura de transporte puede ser un torrente de datos ya vencidos en la fuente (*El dato navega porque está fijado*): nada, en su superficie, dice desde cuándo lo real los ha abandonado. El escollo de la sobreingeniería: el torrente incita a tomar cada vez más, mucho más allá del óptimo observacional (*Cavar el canal*), como si la masa valiera por sí misma. Estos escollos, el ensayo los ilumina; deja al lector la tarea de establecer, en su presente, la carta que el concepto no puede trazar en su lugar.

El torrente vuelve pensable el problema

El aporte del concepto no es juzgar el torrente —el ensayo no dice que sea un bien o un mal: sería un juicio de forma, fechado—. Su aporte es volver el torrente **pensable**. Un torrente que se piensa es ya un torrente en el que uno ya no se limita a dejarse arrastrar. El tomo ha forjado los instrumentos que permiten mirarlo con claridad: la doble navegación muestra que envejece circulando; la propagación muestra que no transporta el conocimiento que parece acarrear; la cola y los cinco caudales muestran que su problema es de cadencia, y que la presentación es en él una decisión; el régimen «lo real-marcado-por-nosotros» muestra que es nuestra resultante, no una fatalidad.

Queda por comprender *por qué* crece —no por accidente, sino por una dinámica propia—. Porque el torrente no se limita a existir: se cava, se amplifica, mantiene su propia crecida. Es esta dinámica, la autoamplificación, la que examina el documento siguiente —y es ella la que revelará que el torrente crece por falta, no de conocimiento, sino de sabiduría—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el epígrafe de Naisbitt sobre la abundancia de información y el hambre de conocimiento—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el torrente, la crecida, la ola y el océano son imágenes rectoras que pertenecen a ese estatuto. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: el momento del torrente y su nombre, la porción del flujo y la ola hecha del agua del océano, así como los escollos reunidos, a *La ola y el océano*; el dato como entidad

constituida —de la que la toma es la vía observacional—, no como objeto, a *El flujo y la anotación*; los canales mantenidos y el óptimo observacional, a *Cavar el canal*; la doble navegación y la suma de los dos envejecimientos, a *El dato navega porque está fijado*; la tesis «propagar el dato no es propagar el conocimiento», a *Transporte y propagación*; la conjunción de la duplicación —costo, velocidad, fidelidad— y la filiación del derivado, a *Las propiedades del movimiento*; la validez para un uso, a *Los dos tiempos del dato*. La formalización del sobrecaudal —tasa de llegada, capacidad, cola, plazo— vive en el volumen de arquitectura.

Este documento lleva, para la trilogía, la parte que corresponde al tomo del movimiento en los focos del torrente. La **definición técnica del régimen** se establece aquí: tres rasgos —multiplicidad, velocidad, multiplicación— y un **desajuste** duradero entre cuatro cadencias —producción, selección, tratamiento, plazo—. La **cola** se descompone aquí: siete desenlaces —retraso acumulado, expiración en cola, rechazo explícito, pérdida silenciosa, agregación, priorización, delegación—, ontológicamente no equivalentes. Los **cinco caudales** se distinguen aquí —bruto, pertinente, prioritario, tratable, efectivamente leído—, con la regla que transforma el bruto en presentado: una decisión, política en sentido propio. El reparto **lo real-sin-nosotros / lo real-marcado-por-nosotros** recibe aquí su demostración —cumpliendo el anuncio hecho desde la apertura del tomo— y con él la responsabilidad: la velocidad, la hemos puesto nosotros. La parte que corresponde al tomo del lector —el sobreplús— queda por venir, en su foco. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

La autoamplificación

El bucle que cava su propio lecho, y el silencio de la sabiduría

Tomo 2 — Documento 7

«No basta con tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien.»

— René Descartes, *Discurso del método* (1637)

Preámbulo — Por qué crece el torrente

El documento anterior definió el torrente y estableció que lleva nuestra firma: es lo real marcado por nosotros, y su velocidad la hemos puesto nosotros. Pero decir que el torrente es nuestro no dice todavía *por qué* crece. Podría creerse que crece por decisión —que alguien, en alguna parte, querría que se hinchara—. No es el caso, y es lo que vuelve temible la cosa. El torrente crece sin que nadie tenga que querer su crecimiento como tal, por dinámicas que producen las condiciones de su propia continuación.

Hay dos, complementarias y del mismo rango. La primera es un **bucle**: más datos piden más automatización, que produce ella misma más datos. La segunda es la **coexistencia de los regímenes**: cuando un nuevo régimen de observación se instala, el antiguo no desaparece de golpe, y los dos se suman durante una transición interminable. El bucle cava el lecho del torrente; la coexistencia ensancha sus márgenes. Este documento describe sucesivamente estos dos motores, y propone luego su diagnóstico común mediante la cadena extendida planteada en *Cavar el canal*. El diagnóstico es preciso, y desplaza el lugar del problema: ninguno de estos motores procede de un defecto de conocimiento; uno y otro proceden de un defecto de sabiduría. El torrente crece no por exceso de necedad, sino por ausencia de arbitraje sabio.

Parte I — El bucle que cava su lecho

El mecanismo

El bucle de autoamplificación se describe en unos pocos pasos, cada uno de los cuales es consecuencia del anterior.

Circulan más datos. Para tratarlos —porque ninguna ventana humana basta para ello—, se automatiza. La automatización, para funcionar, observa: toma datos sobre su propio funcionamiento, sobre los flujos que trata, sobre los resultados que produce. Y no se limita a observar: multiplica los puntos de captación, y decide —clasifica, encamina, prioriza, desencadena—, decisiones cuyo efecto marca lo real y deja en él nuevas huellas, que nuevas tomas constituyen en datos. Esos datos se unen al torrente y piden, a su vez, más automatización para ser tratados. Y el bucle arranca de nuevo, un escalón más arriba.

Cada vuelta del bucle cava el lecho del torrente un poco más hondo. La automatización no se limita a tratar el flujo: también produce flujo, y el flujo que produce justifica una automatización acrecentada, que produce todavía más flujo. Es una retroacción positiva —en el sentido técnico, en el que el efecto refuerza su propia causa—. En el modelo, nada detiene el bucle desde dentro, porque nada, en el bucle, tiene por función detenerlo; que lo real lo deje girar así es una condición, no una necesidad. Está hecho, se diría, para crecer. Este bucle es la vertiente aguas arriba de un cierre más vasto —el que pasa por la lectura y por la acción sobre lo real—, cuya demostración pertenece a la clausura del tomo del lector, que es su foco; el presente tomo solo necesita el retorno: el efecto de las decisiones vuelve aguas arriba, en huellas y luego en datos, y el caudal sube.

Este bucle prolonga un movimiento que *De la muesca al algoritmo* había identificado: confiar a la herramienta lo repetitivo para liberar la atención hacia lo que pide una decisión. Pero allí donde este movimiento liberaba antaño la atención, el bucle contemporáneo la satura: lo repetitivo automatizado produce él mismo datos, que piden un nuevo tratamiento repetitivo, sin que la atención liberada tenga tiempo de dirigirse a la decisión. El gesto antiguo cavaba un lecho; el bucle lo cava sin fin.

Por qué el bucle es invisible como problema

El carácter temible de este bucle —el documento anterior lo anunciaba— se debe a que cada uno de sus pasos es, considerado aisladamente, perfectamente razonable, y la suma no lo es. Automatizar un tratamiento que ninguna ventana humana puede ya asumir es racional. Observar el funcionamiento de esa automatización para mejorarla es racional. Tratar los datos así producidos es racional. En ningún momento se encuentra un paso irrazonable que se pudiera señalar con el dedo. El problema no está

en ningún paso; está en la **suma** de los pasos, y la suma no es el proyecto de nadie.

Es lo que distingue la autoamplificación de una falta o de una negligencia. No hay nadie a quien culpar por un paso en particular, porque ningún paso es censurable. La dificultad es de otro orden: consiste en que decisiones localmente justas componen un resultado globalmente insostenible. Y un resultado que no es el proyecto de nadie es un resultado que nadie se siente obligado a arbitrar.

El bucle no es, sin embargo, el único motor. Describe cómo el torrente se cava en profundidad, por retroacción; hay que describir ahora cómo se ensancha, por superposición —y este segundo motor depende de la manera en que los regímenes de observación se suceden—.

Parte II — La coexistencia de los regímenes

Un salto sistémico no es espontáneo

Cavar el canal planteó la noción de salto sistémico: el momento en que la mejora de los medios de un flujo no hace el antiguo régimen más rápido o menos costoso, sino que cambia la naturaleza de lo que el flujo hace posible. Uno estaría tentado de representarse un salto así como un cambio limpio: un día el antiguo régimen, al día siguiente el nuevo, el antiguo abolido. Un salto no se produce necesariamente así.

La razón es que el salto no se produce en abstracto, sino que debe ser asimilado por lectores situados. *La huella y el lector* lo estableció: un lector situado solo lee lo que cae en su ventana, delimitada por lo que él es. Un nuevo régimen de observación exige de cada lector que asimile el salto a la medida de esa ventana —que aprenda lo que el nuevo régimen exige, y que a veces desplace su ventana para adaptarse a él—. Ahora bien, esta asimilación no se hace ni en todas partes ni al mismo ritmo. Las generaciones expuestas pronto a un nuevo régimen lo aprehenden con facilidad, como una evidencia; las que lo encontraron tarde exigen, para seguir actuando, que los servicios antiguos se mantengan en su forma anterior. Entre las dos se instala una transición —y esta transición no es un instante, es una duración, a veces una generación entera—.

Durante toda esa duración, los dos regímenes **coexisten**. La sociedad integra los nuevos flujos de observación sin suprimir los que debían sustituir, porque una parte de sus lectores situados depende todavía de los antiguos. El salto no abole: superpone. Y mientras dura la superposición, no es uno sino dos los dispositivos de observación que hay que mantener para el mismo objeto.

La coexistencia añade caudal

Esta coexistencia tiene una consecuencia directa sobre el torrente: añade caudal. Y lo añade de tres maneras, que hay que distinguir.

Por la multiplicación de los formatos, en primer lugar. Los mismos datos, de naturaleza fundamental idéntica, se encuentran multiplicados en formatos diversos —uno para el régimen antiguo, otro para el nuevo, a veces varios para los estados intermedios de la transición—. Una misma información de fondo se inscribe, se transporta, se propaga en varias versiones paralelas, no porque haya cambiado, sino porque debe seguir siendo accesible a lectores cuyas ventanas difieren.

Por el mantenimiento de los caminos paralelos, después. Cuando varios medios conducen al mismo resultado, la transición no zanja a favor de uno solo: los conserva todos, el tiempo que cada uno tarde en encontrar o perder a sus usuarios. Varias vías hacia un resultado único se mantienen activas al mismo tiempo, y cada una mantiene su propio flujo de observación.

Por la conservación de respaldo, por último. La supresión de un flujo de observación nunca es tan limpia como se la decidiría. Se conserva el antiguo «por si acaso», como solución de repliegue si el nuevo llegara a fallar. Pero conservar un dispositivo en reserva no es apagarlo: un flujo de observación mantenido como respaldo sigue siendo un flujo de observación activo, que toma, inscribe y ocupa su parte del caudal, aunque se lo solicite poco.

La ilustración más inmediata es el correo. El correo postal no desapareció con el correo electrónico: ciertos datos deben todavía llegar físicamente, en una forma que lo digital no sustituye. Más aún, lo digital lo ha relanzado en otro formato: el lector contemporáneo recibe menos cartas, pero muchos más paquetes, cuyo encaminamiento lo pilota a su vez un flujo de observación digital. El antiguo régimen de transporte no ha sido abolido; ha sido mantenido, desplazado, y finalmente realimentado por el nuevo. El fondo es que la transición entre regímenes, porque es lenta y porque atiende a lectores con ventanas desiguales, suma los caudales en lugar de sustituirlos.

Una transición interminable

Queda por medir por qué este motor, contrariamente a lo que sugiere su nombre de «transición», no se agota. Una transición, se diría, tiene un término: el antiguo régimen acaba por extinguirse, y el exceso de caudal con él. Eso sería cierto si los saltos sistémicos fueran raros y espaciados. Pero el torrente es precisamente el régimen en el que los saltos se suceden sin dejar a ninguna transición el tiempo de completarse. Antes de que la asimilación del régimen anterior esté completa, sobreviene un nuevo salto, que abre su propia transición y su propia coexistencia. Las superposiciones no se resuelven una tras otra: se apilan. Ya no es

una transición, sino un régimen permanente de transición —y por eso la coexistencia, lejos de ser un estado provisional, es un motor duradero del ensanchamiento del torrente—.

Parte III — El diagnóstico mediante la cadena extendida

Todos los eslabones proceden del conocimiento

Cavar el canal planteó la cadena extendida, desde el flujo de lo real hasta su cima, la sabiduría: la aplicación del conocimiento con acierto (*Leer, escribir, comprender*). Esta cadena proporciona el instrumento exacto para diagnosticar los dos motores a la vez —porque comparten, como se va a ver, un mismo defecto—.

Examinémoslos a esta luz. Del lado del bucle: «¿Cómo tratar más datos?» —pregunta de conocimiento—. «¿Cómo observar el funcionamiento de la automatización?» —pregunta de conocimiento—. «¿Cómo mejorar el tratamiento?» —pregunta de conocimiento—. Del lado de la coexistencia: «¿Cómo mantener el antiguo formato en paralelo al nuevo?» —pregunta de conocimiento—. «¿Cómo conservar el dispositivo antiguo disponible como respaldo?» —pregunta de conocimiento—. Cada paso, en uno y otro motor, es una pregunta de *cómo*: cómo observar más, cómo mantener lo existente, cómo atender a todas las ventanas. El conocimiento responde admirablemente a estas preguntas, y por eso el bucle gira tan bien y la coexistencia se prolonga con tanta facilidad.

Pero ninguno de estos pasos plantea la pregunta que solo la sabiduría plantea: *¿hay que hacerlo?* ¿Hay que observar más? ¿Hay que automatizar más? ¿Hay que mantener indefinidamente el antiguo régimen junto al nuevo, o hay que aceptar apagar un servicio del que algunos lectores dependen todavía? ¿Qué interés presente prevalece sobre el interés por venir? El conocimiento dice cómo hacer lo que se hace; nunca dice si hay que hacerlo. Esa pregunta no está en ningún eslabón de los dos motores, porque están hechos enteramente de conocimiento y la sabiduría no tiene en ellos un lugar asignado.

El torrente crece por ausencia de arbitraje sabio

El diagnóstico es entonces nítido, y cabe en los términos mismos que el documento anterior anunciaba: **mientras los dos motores descritos operen sin una instancia que asuma el arbitraje, el torrente crece por falta, no de conocimiento, sino de sabiduría —por ausencia de arbitraje sabio—**. No se hincha porque falte el conocimiento —abunda, e incluso es su abundancia la que hace girar el bucle y la que vuelve tan cómoda la coexistencia—. Se hincha porque la sabiduría no zanja, porque la pregunta *¿hay que hacerlo?* no la plantea ninguno de los eslabones que componen estas dinámicas. Cada motor optimiza localmente —cada paso

es sabio *localmente*— sin que nada arbitre globalmente y en la duración. Para decirlo en una fórmula: cada paso es sabio, y la suma es una locura.

Este resultado desplaza el lugar del problema. Podría creerse que hace falta, contra el torrente, más conocimiento —mejores tratamientos, mejores observaciones, mejores medios de mantener lo antiguo junto a lo nuevo—. Pero más conocimiento es precisamente lo que alimenta el bucle y facilita la coexistencia. Lo que falta es de otro orden: un arbitraje que no sea un eslabón más en la cadena del *cómo*, sino una instancia del *¿hay que hacerlo?*. El torrente no se resuelve abajo, con más técnica; se resuelve —si es que llega a resolverse— arriba, por la sabiduría que decide lo que hay que hacer con la técnica, y lo que hay que dejar, llegado el momento, de mantener.

Parte IV — El hilo de la sabiduría colectiva

De una sabiduría individual a una sabiduría colectiva

Aquí se abre, en su principio, un hilo que los dos últimos tomos llevan juntos. La sabiduría, tal como *Leer, escribir, comprender* la definió —la aplicación del conocimiento con acierto—, se entiende primero en singular: un hombre que aplica su conocimiento, aquí, ahora, en una situación singular —una sabiduría, implícitamente, individual—. El torrente obliga a pensar otra cosa: una **sabiduría colectiva**. Pero antes de nombrarla, midamos lo que el individuo puede, y lo que no puede —porque el segundo motor, hecho de adopciones y de rechazos, da a cada uno un agarre que no hay que sobrestimar ni negar—.

El individuo tiene un agarre, y es elemental. Adoptar un nuevo régimen o no adoptarlo es el acto primero del que está hecha la coexistencia: quien adopta dice sí, quien no adopta dice no, y el medio que se deja de emplear pierde, en proporción, su razón de ser. Este agarre es real, pero su efecto solo vale **agregado**: un rechazo aislado no doblega nada, un rechazo compartido por el gran número vuelve inútil un medio y fuerza la inflexión. Es un poder por federación —no por decisión—. Ningún observador aislado decide, para el torrente entero, que hay que dejar de observar más ni apagar tal régimen antiguo; pero el gran número, con sus adopciones y sus rechazos, pesa en ello sin haberlo decidido.

Se advierte entonces una disimetría entre las dos caras de este agarre. Frente a la adopción de un medio, la abstención no existe realmente como tercera posición: no adoptar —ya sea porque se rechaza, ya porque no se está en condiciones de adoptarlo, aunque se pueda llegar a estarlo más tarde si la competencia se vuelve accesible— produce el mismo efecto que el rechazo. Para el medio, el que calla y el que declina son igualmente no usuarios. La abstención solo reaparece como posición distinta allí donde la elección está *expuesta* —hecha visible, enunciada, sopesada en la

deliberación colectiva— y donde la capacidad de adoptar está *adquirida*: solo entonces «no adopto, aunque podría» se convierte en un rechazo deliberado, y «me abstengo de pesar» en una tercera vía, distinta del sí y del no.

Esta disimetría dibuja dos niveles de decisión. En el nivel **individual**, el agarre es binario y su efecto viene del número: es el poder que una comunidad federa mediante sus usos reales. En el nivel **colectivo**, un sistema instituido delibera *sobre* el reparto de esas elecciones — hasta dónde imponer la adopción, qué proteger en quienes no hacen la transición, qué régimen sostener o dejar extinguirse—. Este nivel es reflexivo: la sociedad observa en él lo que producen sus propias elecciones de observación y de adopción. Es, en el sentido que *De la muesa al algoritmo* daba a este término, un acto **metacognitivo** —ya no observar el mundo, sino observar en qué lo ha convertido nuestra observación del mundo—, llevado esta vez no por un individuo, sino por las instituciones que una sociedad se da.

La sabiduría colectiva sería, pues, esa capacidad, ya no de un individuo sino de una sociedad, de arbitrar el interés presente frente al interés por venir. Es el aporte propio de este hilo, y prolonga la definición heredada sin contradecirla: aplicar el conocimiento con acierto, pero a la escala de una colectividad y en la duración, allí donde cada actor aislado solo tiene ante los ojos su paso, localmente sabio. El interés presente, por su parte, actúa en los dos niveles: abajo, quien tiene interés en que un régimen se instale trabaja para imponer su adopción; arriba, pesa sobre la deliberación que zanjará el reparto. La sabiduría colectiva no arbitra, pues, en el vacío: arbitra la composición de esas elecciones elementales.

La abstención no es neutral

El hilo culmina en un punto que hay que enunciar explícitamente, porque es el más importante y el menos evidente: **la abstención no es neutral**. Se la entiende aquí en el nivel en el que la abstención existe realmente —aquel en el que la elección está expuesta y la capacidad adquirida—, y no en el de la adopción privada, donde no adoptar se confunde con rechazar.

Podría creerse que no expresar la propia sabiduría —abstenerse, dejar hacer, no pesar en el arbitraje colectivo— deja un vacío equilibrado, un terreno neutral en el que las cosas encontrarían por sí mismas su medida. Es falso. No pesar no deja un vacío: deja el sitio a una sabiduría *orientada*. Porque quienes tienen un interés presente se movilizarán siempre; su sabiduría será la de su interés, con acierto o sin él. La abstención del mayor número no produce, pues, el equilibrio: produce un desequilibrio a favor de los intereses presentes mejor organizados.

La sabiduría colectiva no es, pues, la suma espontánea de las sabidurías individuales, que llegaría por sí sola si cada uno callara. Es lo que llega —o lo que falta— según que cada uno se implique o se abstenga. En última instancia, es un asunto de implicación. El torrente no crece solamente

porque el bucle gira y los regímenes se superponen; crece también porque la sabiduría que podría arbitrarlo se abstiene, y su abstención deja el campo libre a los intereses que, ellos, no se abstienen nunca.

Lo que este hilo prepara

Este hilo es aquí un **diagnóstico**: explica por qué crece el torrente y dónde falta el arbitraje. Será recogido en el tomo siguiente como **criterio** —porque las actitudes que el lector puede adoptar frente al torrente que lo desborda serán juzgadas, en parte, a la medida de esta sabiduría colectiva—. El presente tomo no despliega esa vertiente: solo plantea que el arbitraje falta, y que su ausencia no es neutral. El último documento del tomo va a llevar ahora la dinámica de autoamplificación hasta su término —el umbral en el que la circulación produce más de lo que ninguna ventana puede recibir—.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el epígrafe de Descartes sobre el buen empleo del ingenio—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el bucle, el lecho cavado, la fórmula «cada paso es sabio, la suma es una locura», el correo postal y el paquete pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: el torrente, su definición técnica y el régimen lo real-marcado-por-nosotros, a *El torrente*; el movimiento «confiar a la herramienta lo repetitivo» y el acto metacognitivo —observar en qué lo ha convertido nuestra observación del mundo—, a *De la muesa al algoritmo*; el salto sistémico y la cadena extendida, a *Cavar el canal*; la sabiduría como aplicación del conocimiento con acierto, a *Leer, escribir, comprender*; el lector situado y su ventana, a *La huella y el lector*.

Este documento lleva, para la trilogía, el foco de la **autoamplificación**: el **bucle endógeno** que cava el lecho del torrente —cumpliendo la promesa de *Cavar el canal*, donde el bucle solo tenía su apoyo: su amplificación propia se demuestra aquí— y la **coexistencia de los regímenes** que ensancha sus márgenes, segundo motor; el **diagnóstico mediante la cadena extendida** —mientras los dos motores descritos operen sin una instancia que asuma el arbitraje, cada paso es una pregunta de conocimiento, ninguno plantea la pregunta de la sabiduría: el torrente crece por ausencia de arbitraje sabio—, y el hilo de la **sabiduría colectiva**: el agarre individual que solo vale agregado, la disimetría entre adopción y abstención, los dos niveles de decisión, la abstención que no es neutral. El trazado del esquema en bucle vive en el volumen de arquitectura. El **cierre del bucle** —la lectura que se convierte en acción, el puente entre observación, inferencia e intervención, la responsabilidad de la

cadena— se demuestra en la clausura del tomo del lector, que es su foco: el presente documento solo describe su vertiente aguas arriba. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

El torrente que se sabe

La velocidad, el sobrecaudal, y la huella que amenaza en el borde del lector

Tomo 2 — Documento 8

*«¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en la
información?»*

— T. S. Eliot, *The Rock* (1934)

Advertencia

Este documento cierra el segundo tomo, y ocupa un lugar singular: es el **umbral**. Todo el tomo ha construido el movimiento del dato hasta este punto; este documento lo lleva a su término, y se detiene en seco allí donde empieza el tomo siguiente. Esta frontera no es un efecto de composición: es de fondo. El tomo trata la circulación; no trata la lectura. Por eso este documento nombrará lo que **amenaza** en el borde del lector —pero siempre en futuro o en condicional, como horizonte, nunca como un hecho consumado—. Lo que amenaza al dato que nadie recibiría no es dejar de ser lo que el acto ha hecho de él: es permanecer **no actualizado**, y perder el valor que solo la lectura mantiene; la recaída en huella, por su parte, sigue siendo el caso límite, que este documento no constatará nunca. Constatar exigiría una mirada sobre la lectura —y la lectura es el objeto del tomo siguiente—. El presente documento se detiene en el borde del lector, y mantiene ese borde con rigor. Es el único punto del tomo en el que hace falta una nota de advertencia propia, porque es el único en el que la disciplina de la línea divisoria debe mantenerse frase tras frase.

Preámbulo — El torrente que se sabe

El documento anterior mostró cómo el torrente se cava a sí mismo, mediante un bucle en el que cada paso es razonable y cuya suma no lo es, por falta de arbitraje sabio. Queda por llevar esta dinámica a su término: ¿qué produce, al final, un torrente que se acelera sin cesar?

El título de este documento indica la respuesta, y el desplazamiento que esta opera. El torrente, hasta aquí, se describía desde fuera —como un régimen que se observa—. Este documento lo describe desde el punto en que se convierte en un problema: el de una mirada finita colocada ante un caudal infinitamente creciente. Un torrente *que se sabe* es un torrente captado de nuevo desde la situación de quien debe recibir algo de él, y que descubre que no puede recibirlo todo. Es aquí donde el tomo toca su límite, y donde lo nombra.

Parte I — La cadena de la velocidad a la amenaza de la huella

De la velocidad al sobrecaudal

Recojamos los resultados adquiridos del tomo y anudémoslos en una cadena. Cuanto más deprisa circula el dato —por la casi instantaneidad del transporte (*Las propiedades del movimiento*)—. Cuanto más deprisa circula, más impacto recibe lo real —porque el torrente es lo real marcado por nosotros (*El torrente*), y su velocidad la hemos puesto nosotros—. Cuanto más impacto recibe lo real, más deprisa se aleja del punto que cada acto había marcado —es la navegación temporal (*El dato navega porque está fijado*), acelerada por la aceleración desbocada de lo real mismo—. Y cuanto más deprisa se aleja lo real, más pierden su estabilidad las fuentes que se tenían por estables —porque la estabilidad (*Navegar en el sitio*) no era más que una relación de velocidades que la aceleración desbocada degrada—.

Al término de esta cadena se impone un hecho, que es el último concepto del tomo: el **sobrecaudal**. La circulación acelerada fabrica más datos en movimiento de los que ninguna mirada finita puede seguir. A esta fuente de caudal —la velocidad— se añade una segunda, que el documento anterior estableció: la coexistencia de los regímenes, que multiplica los formatos y mantiene los caminos paralelos mientras duran transiciones que nunca se completan. La velocidad hace subir el caudal; la coexistencia lo ensancha. Los dos motores de la autoamplificación convergen aquí, hacia un mismo exceso. No es una apreciación; es un hecho de circulación, medible en principio. Hay, en un instante dado, un caudal de datos que excede toda capacidad de recepción. El tomo ha establecido la producción de este caudal; es su último resultado adquirido, y el punto exacto donde se detiene.

El sobrecaudal relativo a la ventana

Este sobrecaudal pide una formulación cuidadosa, porque es el concepto en el que el tomo toca su límite. El flujo de lo real no tiene caudal absoluto; adquiere un caudal *en relación con el fragmento observado*. Del mismo modo, el torrente no excede en términos absolutos: excede *en relación con una ventana*. *La huella y el lector* lo estableció: todo lector solo percibe una franja del espectro de los tiempos, delimitada por un umbral de lo instantáneo y un umbral de lo eterno —es un lector situado, y su ventana es finita—. El dato que circula fluye en relación con esa ventana finita. Cuando la producción aumenta sin que la ventana se ensanche en proporción, no es la ventana la que crece: es el caudal el que sube. Y este sobrecaudal, relativo a la ventana, enturbia lo que se podría percibir de lo real a través de ella.

El sobrecaudal es, pues, el sobrecaudal *relativo a la ventana*. Es un hecho de circulación, que el tomo establece mediante argumentos y no mediante mediciones: en el régimen del torrente, hay más datos en movimiento de los que ninguna ventana puede absorber. En qué se convierte lo que pasa ante una ventana sin entrar en ella, el tomo no lo dice —porque eso compromete a la ventana, es decir, al lector, y el lector es asunto del tomo siguiente—.

Parte II — La amenaza nombrada: el horizonte de la desatención

Lo que el tomo puede decir de la amenaza

La huella y el lector estableció la distinción que vuelve aquí a plena luz, y el umbral que la mantiene: la huella es lo real legible que no es leído; el dato nace del acto de inscripción que lo constituye —y entre ambos, un umbral que nada cruza por sí solo, el umbral de entrada—. Pero hay un segundo umbral —el umbral de salida: del dato **constituido** al dato **actualizado** por una lectura—, cuyo borde este tomo toca sin cruzarlo; su foco está en el tomo del lector. La circulación lleva el dato hasta este segundo umbral; no se lo hace cruzar: hace falta un lector.

El sobrecaudal coloca al tomo justo ante este umbral —y le prohíbe cruzarlo—. Porque se puede decir esto, y solo esto: cuando la circulación produce más de lo que ninguna ventana puede recibir —el umbral que *El torrente* anunciaba—, una parte de lo que circula *corre el riesgo* de no ser actualizada por nadie. *Podría* pasar ante las miradas sin que ninguna la capte. Lo que la amenaza entonces no es dejar de ser lo que el acto ha hecho de ella —constituida, lo sigue siendo—, sino permanecer **no actualizada**, y perder, a medida que lo real se aleja, el valor que solo la actualización mantiene. Es el **horizonte de la desatención**: lo que amenaza en el borde del lector es la no actualización y la pérdida de

valor. La recaída en huella, por su parte, sigue siendo el **caso límite** —el ideal límite en el que se perderían hasta las condiciones de toda interpretación—, que este tomo no tiene que medir: el tomo del lector, desde su apertura, fija su escala y su medida. El sobrecaudal fabrica, en potencia, las condiciones de la desatención.

Pero el tomo no puede decir de un dato que *está* desatendido —menos aún que habría recaído en huella—. Decirlo supondría constatar que ningún lector lo ha actualizado ni lo actualizará —una constatación que versa sobre la lectura, y que, por tanto, excede la circulación—. El tomo se mantiene en el futuro y el condicional: el dato *podría* no ser actualizado nunca, *amenaza* con perder su valor, la circulación *produce las condiciones* de la desatención. Nunca constata el abandono. Este paso —de la amenaza al hecho— pertenece al lector, y el lector pertenece al tomo siguiente.

Por qué esta contención no es una prudencia de estilo

Esta contención no es un escrúpulo de formulación; la impone la tesis misma del tomo. La tesis del tomo es: *el dato navega porque está fijado*. El tomo ha ido hasta el punto en que la navegación se vuelve tan rápida que excede toda ventana —y se detiene ahí, porque más allá ya no es la navegación lo que está en juego, es la recepción—. Cruzar el umbral sería abandonar la tesis de la circulación por una tesis de la lectura, que no es la suya. El tomo preserva su tesis intacta deteniéndose exactamente donde la circulación cede el sitio a la lectura.

Es lo que hace de este punto un umbral y no un simple final. Un final cierra; un umbral abre a otra cosa. El sobrecaudal es la última palabra de la circulación y el primer problema de la recepción. El tomo lo plantea como última palabra; lo deja, como primer problema, a quien continúe del otro lado.

Parte III — Lo que el umbral deja al tomo siguiente

La pregunta dada la vuelta

El tomo ha descrito el sobrecaudal del lado de la **producción**: la circulación lo fabrica, es un hecho objetivo. Queda otra cara, que el tomo vislumbra sin tratarla: el sobrecaudal del lado de la **recepción** —una mirada finita que lo padece—. Estas dos caras son las de un solo concepto, y es lo que hace de él una soldadura entre los dos tomos más que una frontera. El dato que, aquí, está desatendido *en potencia* porque el caudal excede toda ventana, estará, del otro lado, o bien actualizado por un lector situado, o bien desatendido de hecho —no actualizado, con un valor que ya nada mantiene, y la recaída en huella como caso límite, al final de

todo—. El tomo nunca cruza este *o bien... o bien*; el tomo siguiente solo tratará de él.

La pregunta que el tomo deja abierta se formula, pues, así: ¿en qué se convierte lo que llega sin ser leído? Y: ¿qué puede un lector que se sabe desbordado? No son preguntas de circulación —la circulación ha hecho su parte, ha llevado más de lo que ninguna mirada puede seguir—. Son preguntas de lectura. El tomo las plantea como se tiende la mano por encima de un umbral, sin cruzarlo.

La salvaguarda transmitida

Una cosa, sin embargo, debe atravesar este umbral sin diluirse, porque vale a los dos lados: el torrente es nuestra resultante, no una fatalidad natural —*El torrente* lo estableció, y sacó de ello la consecuencia: porque es nuestro, hay que responder de él—. Repitamos una cosa en el momento de pasar el testigo, porque lo que sigue depende de ello: el sobrecaudal hereda esta firma. El lector que se sabe desbordado no es una víctima de la lluvia; es una porción de aquello que ha cavado el lecho del torrente. Eso no cambia nada en la circulación, que ha hecho su parte. Lo cambia todo en lo que el tomo siguiente podrá exigir del lector —pero le corresponde al tomo siguiente decirlo—.

La última frase del tomo

El dato navega porque está fijado abrió este tomo con una idea: el dato es el medio que el hombre se ha dado para no dejar que el flujo de lo real lo arrastre todo —el asidero que arranca a la corriente para que un fragmento del presente permanezca y pueda ser transmitido—. El tomo termina con este medio vuelto contra sí mismo. Porque lo que debía retener el presente contra el olvido produce ahora más datos de los que ninguna mirada puede seguir; y lo que llega sin ser leído permanece mudo —retenido, fijado, constituido, pero con un valor que solo la lectura mantendría—. El dato ha navegado porque estaba fijado; ha navegado hasta exceder toda ventana; y al término de su navegación espera, al alcance de miradas que no pueden seguirlo todas, que un lector situado lo actualice —o que ninguno lo haga, y que la desatención lo empuje hacia el horizonte en el que ya no llevaría más que su inscripción—. El instrumento que el hombre se había dado para retener el mundo amenaza, a fuerza de abundancia, con dejarlo escapar de nuevo. Lo que se decidirá ahí no se decide en la circulación. Se decide en la lectura. Y la lectura empieza donde este tomo termina.

Hitos

Para las referencias movilizadas en este documento —el epígrafe de Eliot sobre la sabiduría perdida en el conocimiento—, véase la *Bibliografía razonada del Tomo 2*. El estatuto de método se plantea en el prefacio de la edición; el torrente que se sabe, el borde del lector y la mano tendida por encima del umbral pertenecen al estatuto de las ilustraciones. Los conceptos recogidos remiten a sus focos: la distinción entre la huella y el dato, el umbral de entrada que nada cruza por sí solo, el lector situado y su ventana como franja del espectro de los tiempos, a *La huella y el lector*; la casi instantaneidad del transporte, a *Las propiedades del movimiento*; la navegación temporal, a *El dato navega porque está fijado*; la estabilidad como relación de velocidades, a *Navegar en el sitio*; la definición técnica del torrente, el régimen lo real-marcado-por-nosotros y la responsabilidad que resulta de él, a *El torrente*; los dos motores de la autoamplificación, a *La autoamplificación*. La formalización del sobrecaudal —tasa de llegada, capacidad, cola, plazo— vive en el volumen de arquitectura.

Este documento lleva, para la trilogía, el **sobrecaudal relativo a la ventana** —último resultado adquirido de la circulación: en el régimen del torrente, hay más datos en movimiento de los que ninguna ventana puede recibir— y el foco de la **amenaza de la huella**, delimitada como **horizonte de la desatención**: lo que amenaza en el borde del lector es la no actualización y la pérdida de valor; la recaída en huella sigue siendo el caso límite, cuya escala y cuya medida pertenecen al tomo del lector, que se abre con ellas. El umbral entre los dos tomos es de fondo —la línea en la que la circulación cede el sitio a la lectura—, y gobierna la disciplina mantenida aquí: el documento nunca constata el abandono; lo nombra como horizonte, en futuro y en condicional. El umbral de salida —del dato constituido al actualizado— y lo que puede un lector que se sabe desbordado son asunto del tomo del lector. En todas las demás partes, estos resultados adquiridos circulan sin volver a demostrarse.

Así termina el segundo tomo, De la fuente al torrente — El movimiento del dato a prueba del flujo. El movimiento del dato se ha llevado en él desde el acto de intercambio hasta el sobrecaudal que excede toda ventana. En qué se convierte, más allá de este umbral, el dato que llega sin ser leído —actualizado por un lector situado, o desatendido hasta el horizonte en el que la huella recobraría sus derechos— es el objeto del tercer tomo, **La huella o el dato — El lector situado a prueba del flujo.**

Bibliografía razonada del Tomo 2

Repertorio de referencias del tomo 2

Esta bibliografía reúne las referencias propias del segundo tomo del ensayo. Prolonga la *Bibliografía razonada del Tomo 1*, a la que remite para toda la base común (Bergson, Whitehead, Peirce, la ontología procesual, la historia del dato, la alfabetización). No repite su contenido: añade las referencias que el movimiento del dato —el acto de intercambio, el transporte, la propagación, el torrente— pide por sí mismo. Como la del primer tomo, está organizada para seguir siendo útil a lo largo del tiempo.

Lo que no cambiará

En los cimientos filosóficos

Whitehead, Alfred North — *Process and Reality*, 1929. Ya fundador en el primer tomo, lo es aquí doblemente: la definición del *datum* como «lo que es dado para una ocasión ulterior» es el fundamento directo de la tesis según la cual la circulación es un régimen frecuente y estructurante del dato, y el transporte extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso. De esta fórmula parte el primer documento del tomo.

Mauss, Marcel — *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*, 1925 (inicialmente en *L'Année sociologique*). La tríada «dar, recibir, devolver» se convoca como intuición de un gesto social que pide un destinatario y compromete una reciprocidad. El tomo retiene de ella la idea de que el intercambio nunca es una simple transferencia neutral, sin movilizar su aparato antropológico completo. Advertencia de método: el dato no se *cede* como el don maussiano circula entre las manos, puesto que se duplica; la analogía ilumina el acto de intercambio, no lo describe exactamente.

Bergson, Henri — *L'Évolution créatrice*, 1907. Para la duración como *fluir*

continuo, fundamento de la «navegación temporal»: lo real que se aleja del punto marcado girando en torno a él. Véase la *Bibliografía razonada* del primer tomo para el detalle.

Economía política de la circulación

Ostrom, Elinor — *Governing the Commons*, 1990. La teoría de los comunes, ya movilizada en el primer tomo para el flujo, ilumina aquí la dimensión política del transporte: la irrigación tiene sus beneficiarios y sus olvidados, y la circulación del dato plantea cuestiones de gobernanza colectiva irreductibles a la propiedad privada de un objeto.

Zuboff, Shoshana — *The Age of Surveillance Capitalism*, 2019. Para lo que está en juego hoy en la captación y la circulación masivas. Debe leerse, conforme al prefacio de la edición, como una ilustración fechada de las formas que adopta el torrente, no como una descripción perenne.

Teoría de la transmisión y de la señal

Nota sobre la materialidad del transporte digital — La afirmación según la cual todo dato digital en movimiento está, en cada instante, llevado por un soporte físico (fibra, onda, memoria intermedia) es una hipótesis de trabajo del ensayo sobre la condición física de las redes, que no demuestra; el cuerpo del texto enuncia sus consecuencias bajo esa condición. El ensayo retiene de ella el principio de fondo —no hay transporte inmaterial— sin movilizar su formalismo. Para el impacto ambiental de las infraestructuras de transporte y de almacenamiento: Agencia Internacional de la Energía (AIE), informes sobre el consumo de los centros de datos y de las redes.

Nota sobre el «salto sistémico» de la instantaneidad — La desaparición de la duración propia del transporte (el paso de la demora por debajo del umbral de la percepción) se analiza en *Cavar el canal*, en el salto sistémico, y se recoge aquí. Para la noción profesional de *perishable data* y la de *data freshness*, véase la nota correspondiente de la *Bibliografía razonada* del Tomo 1.

Fuentes de los epígrafes

Whitehead — *Process and Reality*, 1929, para el epígrafe de *El dato navega porque está fijado* (ficha más arriba).

Ovidio — *Pónticas (Epistulae ex Ponto)*, I, 5, v. 5-6: «ut capiant uitium, ni moueantur, aquae» (las aguas se corrompen si no se las pone en movimiento); el epígrafe de *El dato navega porque está fijado* es una adaptación de este verso.

Mauss — *Essai sur le don (Ensayo sobre el don)*, 1925, para el epígrafe de *El acto de intercambio* (ficha más arriba).

Sócrates — epígrafe de *Transporte y propagación*, dado bajo atribución: la fórmula circula con su nombre sin fuente directa, ya que Sócrates no escribió nada. La atribución se conserva por lo que es —un uso, no una referencia—.

Jefferson, Thomas — carta a Isaac McPherson, 13 de agosto de 1813, para el epígrafe de *Las propiedades del movimiento*. La carta es la fuente clásica de la idea de que una idea transmitida no abandona a quien la da; el tomo hace de ella el precedente de la copia sin división.

Naisbitt, John — *Megatrends*, Warner Books, 1982, para el epígrafe de *El torrente* —la abundancia de información y el hambre de conocimiento—. Foco único del duplicado: el tomo del lector remite a él sin repetirlo.

Descartes, René — *Discours de la méthode (Discurso del método)*, 1637, para el epígrafe de *La autoamplificación*.

Eliot, T. S. — *The Rock*, Faber & Faber, 1934, para el epígrafe de *El torrente que se sabe*.

Ecdótica y diplomática

Dos tradiciones de la forma, convocadas sin desarrollarse: este tomo es el foco de la filiación y de la procedencia, y su vocabulario viene de ahí.

Mabillon, Jean — *De re diplomatica libri VI*, 1681. Un tratado de crítica de la autenticidad de los documentos: el anclaje histórico de lo que el tomo llama la procedencia constitutiva.

La crítica textual — Lachmann, Karl, para el método genealógico; Bédier, Joseph, *La Tradition manuscrite du «Lai de l'Ombre», Romania*, 1928, para su impugnación. El vocabulario de la edición —filiación, aparato, testimonio, contaminación— se toma prestado de esta tradición, no su doctrina: el tomo retiene que la descendencia de las copias se documenta y se discute.

Vecinos de la tesis

El volumen de arquitectura lleva el mapa de los vecinos (§7); una familia toca el objeto propio de este tomo: sus referencias están a continuación; las de las demás familias están en la *Bibliografía razonada del Tomo 1* y en la *Bibliografía razonada del Tomo 3*.

Trayectorias y materialidad — los data journeys — Bates, Jo, Lin, Yu-Wei & Goodale, Paula, *Data journeys: Capturing the socio-material constitution of data objects and flows*, *Big Data & Society*, vol. 3, n.º 2, 2016; Leonelli, Sabina & Tempini, Niccolò (eds.), *Data Journeys in the*

Sciences, Springer, 2020 (acceso abierto). Coincidencia: el movimiento material, la transformación, la reutilización, el cambio de contexto, y la fricción que los frena. Tensión fecunda: la circulación no siempre preserva un *datum* invariante —puede fabricar el objeto que circula—. Es lo que la tesis 9 del volumen de arquitectura integra al distinguir conservar, alterar, engendrar.

Remisiones internas al ensayo

El segundo tomo se apoya continuamente en el primero. Los conceptos siguientes se establecen allí y no se redefinen aquí:

- la ontología objetual y su crítica, el dato como entidad constituida de la que la toma es la vía observacional, la inapropiabilidad del flujo y la propiedad de la toma, la metáfora de la copia de seguridad, las tres edades del dato — *El flujo y la anotación*;
 - el flujo de observación, el óptimo observacional, la cadena extendida (*flujo de lo real* → *flujo de observación* → *datos elementales* → *datos consolidados* → *información* → *conocimiento* → *sabiduría*), el salto sistémico, el LLM como fusión de la biblioteca, el bibliotecario y el narrador — *Cavar el canal*;
 - los dos tiempos del dato, el acto de inscripción y la fijación, las dos muertes (caducidad y desaparición), el dato inaccesible, el dato llevado y no cedido, la frescura que no se recupera, la imagen del marco móvil que se aleja *en torno a* un objeto fijo — *Los dos tiempos del dato*;
 - la legibilidad de lo real, la huella causada opuesta al dato querido, el lector situado, la ventana como franja del espectro de los tiempos, el hombre porción del flujo, la ola y el océano — *La huella y el lector*;
 - el torrente, la regla que señala los escollos sin describirlos — *La ola y el océano*;
 - el movimiento «privilegio → común» y la historia de las bibliotecas, el movimiento «confiar a la herramienta lo repetitivo» — *De la muesca al algoritmo*;
 - la pirámide DIKW y la sabiduría como aplicación «con acierto», la recuperación gerencial — *Leer, escribir, comprender el mundo a través del dato*;
 - la distinción fondo/forma, el estatuto de las ilustraciones y de las imágenes rectoras, el estatuto del «flujo de lo real», el papel de la IA — prefacio de la edición.
-

Conceptos introducidos por el presente tomo

Las definiciones de referencia están en el *Léxico canónico* para los conceptos que tienen en él una entrada o una correspondencia de título; los grupos, imágenes, subconceptos y articulaciones nombrados aquí a título de recordatorio no tienen en él entrada propia y se demuestran en el documento indicado tras cada elemento, y las precisiones que llevan pertenecen al mismo documento. A título de recordatorio, los conceptos propios del segundo tomo son: el **acto de intercambio** (simétrico del acto de inscripción), en *El acto de intercambio*; el **soporte de transporte** y su tipología mínima (desplazar, transmitir, hacer accesible), en *El acto de intercambio*; la **doble navegación** (espacial y temporal), en *El dato navega porque está fijado*; la **imagen de la espiral**, en *El dato navega porque está fijado*; el **transporte como relación entre dos desplazamientos** y su criterio de cumplimiento (la parte del lector practicable), en *Transporte y propagación*; el **dato inaccesible como transporte incumplido**, en *Transporte y propagación*; la **propagación** como agregado de los transportes, en *Transporte y propagación*; las **propiedades del movimiento** (fidelidad, temporalidad, multiplicación, y los tres ejes de la duplicación), en *Las propiedades del movimiento*; la **probidad de transporte**, en *Las propiedades del movimiento*; la **supresión del envejecimiento de transporte** por la instantaneidad, en *El dato navega porque está fijado*; la **estabilidad como relación de velocidades** (navegar en el sitio), en *Navegar en el sitio*; el **torrente** como régimen de lo real marcado por nosotros, en *El torrente*; la **autoamplificación** y su diagnóstico mediante la cadena extendida, en *La autoamplificación*; la **sabiduría colectiva** y la abstención no neutral, en *La autoamplificación*; el **agarre individual agregado** (poder por federación), en *La autoamplificación*; los **dos niveles de decisión** (individual binario y colectivo reflexivo), en *La autoamplificación*; el **sobrecaudal relativo a la ventana** como umbral del tomo, en *El torrente que se sabe*; la **irrigación**, en *Transporte y propagación*.

El trabajo de **apertura de caminos**, en *Transporte y propagación* —tercer documento—, donde se esboza como consecuencia del **impedimento del transporte**, voluntario (el secreto) e involuntario (la incapacidad), recibe allí su perímetro: remediar la incapacidad, sin forzar los secretos. Será objeto de una elaboración propia, distinta del ensayo, en torno a una artesanía del dato.

Decisiones de traducción

Estas notas dicen cómo leer las palabras españolas que traducen los términos del corpus; las fija para toda la traducción española la *Carta de traducción del corpus*. Las notas del primer tomo siguen valiendo aquí; las que siguen repiten las principales y añaden los términos del movimiento.

- **el dato / los datos.** El corpus trata el dato como un individuo:

constituido por un acto, fechado, llevado por soportes. El español dice *el dato* en singular con naturalidad, y conserva el juego francés entre *donnée* y *donné*: *dato* viene del latín *datum*, «lo dado». El *datum* que el francés emplea para el dato considerado en su identidad se dice también *dato*: **dato de origen**, **dato progenitor**. El *datum* de Whitehead, en cursiva, es el término del filósofo.

- **toma / tomar** (*prélèvement, prélever*): el gesto de tomar del flujo, como se habla de una toma de agua; *tomar* no se emplea en sus usos corrientes. **Registro** traduce el *relevé* que es un valor inscrito («mil registros agregados en una media»); **medir**, el gesto de quien lo obtiene.
- **caducidad; vencido; caducado** (*péremption; périmée; péremptée*): una relación, no una alteración —la brecha que crece entre un dato inmóvil y un mundo que continúa—. *Vencido* nombra la brecha continua («el dato vencido tratado como fresco»).
- **transporte** (*transport*): no el desplazamiento del dato solo, sino una **relación entre dos desplazamientos** —el del dato hacia el lector y el del lector hacia el dato—, **cumplido** cuando la parte del lector se ha vuelto **practicable**. **Propagación** es el agregado de los transportes; **multiplicación** (por copia) se distingue de **multiplicidad** (de los flujos). **Receptor** es el aparato; **destinatario**, aquel a quien se dirige el dato; **lector**, quien lo lee.
- **llevar; portador** (*porter; porteur*): el soporte lleva el dato, y cada portador lleva un ejemplar. *Portar* y *portada* no se emplean; *sustentante / sustentado* quedan para *portante / portée*. *Al alcance* traduce el *à portée* corriente.
- **ejemplar; dato de origen; filiación; procedencia** (*occurrence; datum d'origine; filiation; provenance*): lo que se cuenta cuando se copia, lo que sigue siendo uno, la descendencia que abre una transformación, lo que el dato debe poder decir de su fábrica. **La copia fiel mantiene, la conversión desplaza, la derivación engendra**: *derivación* y *derivado* quedan para la filiación.
- **deriva** (*dérive*): lo real que se aleja lentamente del punto marcado, como se dice la deriva de un instrumento o de una embarcación. Para no confundirlo con la derivación, el verbo *dériver* se dice **desplazarse** o **estar sujeto a la deriva**, nunca *derivar*.
- **envejecimiento de transporte / envejecimiento de origen; frescura de transporte / frescura de origen** (*vieillesse de transport o de trajet; fraîcheur de transport o de trajet*): la edad que el dato adquiere en el camino, frente a la que tiene desde su acto; una sola expresión española para las dos variantes francesas. **Demora** traduce el *délai* del trayecto, y **aviso**, el *avertissement* que esa demora llevaba; **plazo** queda para *échéance*, y **Advertencia** es la rúbrica que abre *El torrente que se sabe*.
- **lo real-sin-nosotros / lo real-marcado-por-nosotros** (*réel-sans-nous, réel-marqué-par-nous*): los dos regímenes de una sola realidad; el **torrente** es el segundo.
- **caudal; sobrecaudal** (*débit; sur-débit*): el caudal, en sentido

hidráulico, y su exceso sobre lo que una ventana puede recibir; nunca una sobrecarga. **Cola** traduce *file*; **los siete desenlaces de la cola** (*les sept issues de la file*) son retraso acumulado, expiración en cola, rechazo explícito, pérdida silenciosa, agregación, priorización, delegación; los **cinco caudales**, bruto, pertinente, prioritario, tratable, efectivamente leído. *Desenlace* queda reservado a la cola: el *terme* de una difusión son sus **límites**, y los *faux dénouements*, **falsas resoluciones**.

- **desatención; dato desatendido** (*délaissement; donnée délaissée*): el dato constituido, a menudo inteligible, que nadie lee por falta de atención —desatendido, no mudo—. La **recaída en huella** (*retombée en trace*) es su **caso límite**, que el tomo nombra sin constatarlo. **Constatar** y **constatación** dicen establecer un hecho, nunca observar.
- **actualizado** (*actualisée*): el acto por el que una lectura produce un sentido, nunca la puesta al día de un archivo. El **umbral de entrada** lleva de la huella al dato constituido; el **umbral de salida** es, según el *Léxico canónico*, lo que sigue a la lectura sin formar parte de ella: inscribir, calcular, decir, actuar —o nada—. *El torrente que se sabe* lo emplea también para el paso del dato constituido al actualizado; la traducción conserva el término.
- **La modalidad de *El torrente que se sabe*** se conserva: lo que amenaza en el borde del lector se dice en futuro o en condicional, y las cursivas del francés (*podría, amenaza, produce las condiciones*) se mantienen.
- **saber / conocimiento / sabiduría** traducen *savoir, connaissance, sagesse*. **Con acierto** traduce *à bon escient*; la pregunta de la sabiduría, *faut-il ?*, se dice *¿hay que hacerlo?*, frente al *cómo* del conocimiento.
- **agarre individual; poder por federación** (*prise individuelle; puissance par fédération*): la decisión de cada uno, que solo vale agregada. *Asidero* traduce, como en el primer tomo, la *prise* que se tiene sobre algo («asideros sobre la brecha», «el asidero que arranca a la corriente»).
- **irrigación; apertura de caminos; impedimento** (*irrigation; ouverture des chemins; empêchement*): el trabajo que remedia la incapacidad sin forzar los secretos; **artesanía del dato** traduce *artisanat de la donnée*.
- **pasar el testigo** traduce *passer la main*; el *relais* de una copia, cada paso intermedio en el que el dato corre el riesgo de alterarse, es una **etapa**; *relevo* queda para la posición situada que recibe y retransmite.
- **cavar; lecho; márgenes; crecida** (*creuser; lit; berges; crue*): la familia del agua se conserva; el torrente cava su propio lecho. **Navegar** (*naviguer*) conserva la imagen del barco.
- **tomo / volumen**: *tomo* nombra cada uno de los tres tomos; *volumen*, cualquier otro libro del corpus. «El tomo del movimiento» y «el tomo del lector» son los tomos 2 y 3; «la parte que corresponde al tomo

del lector» no se confunde con **la parte del lector** en el transporte. **Umbral** (*Seuil*) es el texto de apertura de un tomo, y el paso que un acto hace cruzar; **Hitos** (*Repères*) es la sección que cierra cada documento; **foco** (*foyer*), el lugar único donde se demuestra un aporte.

- **Citas.** Jefferson, Naisbitt y Eliot se traducen de su original inglés; en la carta de Jefferson, el español dice *saber*, como el francés, donde el inglés dice *instruction*. Descartes se da en la forma española recibida del *Discurso del método* («No basta con tener el ingenio bueno; lo principal es aplicarlo bien»). La tríada de Mauss se da en su forma española corriente («Dar, recibir, devolver»). El epígrafe atribuido a Whitehead condensa su uso de la palabra *datum*, y el de Ovidio adapta un verso de las *Pónticas*: ambos se traducen del francés, como la fórmula atribuida a Sócrates.
- **Títulos.** *A prueba del flujo* traduce *À l'épreuve du flux*: el dato puesto a prueba por el flujo. Este tomo es *De la fuente al torrente — El movimiento del dato a prueba del flujo*.

Producimos un torrente que ninguna mirada puede seguir.

—

Pasaron tres semanas.

La versión 3 del ensayo está terminada. Su lectura trae reflexiones, que reúno durante dos días. Vuelvo entonces al teclado para una nueva instrucción:

«Examina esta serie de reflexiones tras la relectura del ensayo.»

Las reflexiones versan sobre la movilidad del dato y su capacidad de anegar. La IA propone modificar el ensayo en profundidad, o redactar un documento anexo.

Releo el análisis. La elección es evidente:
habrá un tomo 2.

—

El primer tomo describió cómo el hombre fabrica sus datos. Este segundo tomo recorre cómo los hace circular —desde la fuente, ese punto estable que planta en el flujo, hasta el torrente donde la circulación se dispara—. Muestra cómo el dato navega porque está fijado; cómo su transmisión multiplica sus portadores; por qué propagar el dato no es propagar el conocimiento; y cómo, a fuerza de abundancia, esta corriente lleva al borde del lector más de lo que podrá leer.

En el fondo, este tomo sigue al dato en movimiento.

En la forma, se detiene en el borde del lector —allí donde empezará el tercer tomo—.

Segunda edición, octubre de 2026. El texto se ha revisado para precisar sus distinciones: lo que circula y lo que permanece se nombra en él —dato de origen, ejemplar, filiación, procedencia—, y el intercambio ya no lleva el dato a cumplimiento: extiende su disponibilidad y su posibilidad de uso. La primera edición sigue pudiendo consultarse en artisanat-de-la-donnee.fr.